Annie Ernaux

La vida exterior



CABARET VOLTAIRE

LA VIDA EXTERIOR

ANNIE ERNAUX

Premio Nobel de Literatura 2022

LA VIDA EXTERIOR

1993-1999

TRADUCCIÓN
LYDIA VÁZQUEZ JIMÉNEZ

CABARET VOLTAIRE

2026

PRIMERA EDICIÓN *noviembre* 2026
TÍTULO ORIGINAL *La vie extérieure*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©2000 Éditions Gallimard
©de la traducción, 2026 Lydia Vázquez Jiménez
©de esta edición, 2026 Editorial Cabaret Voltaire SL

BIC: FA
ISBN-13: 978-84-19047-73-1

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

FOTOGRAFÍAS
Cubierta: *Cathedral Corner II*, 1988 ©Gerhard Richter 2026
Guarda: Annie Ernaux, 2000 ©Frédéric Reglain

Producción del ePub
BOOQLAB

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LA VIDA EXTERIOR

1993

3 de abril

En el RER, el tren de cercanías de París, en la estación de Cergy-Préfecture, suben tres chicas y un chico con unos vaqueros rotos en las rodillas y un colgante sujeto a una cadena.

Una chica le dice a otra:

—¡Qué bien hueles!

—Es el Mimosín.

El chico:

—Renaud, el cantante, sale en *Germinal*.

Una chica:

—Bah, es solo una película, nada más.

El chico se justifica:

—Me encantan Renaud y Zola, así que…

Se dirigen a Virgin.

Es el RER de los sábados, con grupos de jóvenes y familias que van a París. Ambiente de proyectos y deseos que se leen en los rostros, en los cuerpos, rápidos a la hora de sentarse y levantarse. La parada de La Défense está desierta. Todo el mundo baja en L'Étoile, Auber o Les Halles, donde la música da la bienvenida.

De vuelta de París, por la noche. Una pareja con dos niños. El niño pequeño se ha quedado dormido nada más sentarse, con la boca bien cerrada y aspecto de persona mayor. La niña, de cinco o seis años, rubia y con gafas, no para quieta ni un momento. Lleva unas medias negras brillantes, al estilo de

Chantal Thomass, un poco perverso. El padre mira las piernas de su hija y repite:

—Bájate esa falda, ¿de qué te sirve llevarla puesta?

La madre, vestida sin asomo de coquetería, parece no oírlo.

8 de abril

Reunión de la comunidad de propietarios. Se habla de las escaleras, de los sótanos, etcétera. Cualquier tema que se aborde se convierte en una ocasión para que la gente demuestre sus conocimientos —«hay que instalar los contadores en tal sitio»— o para referir una anécdota —«en el edificio donde vivía antes…»— o una historia —«el otro día, el inquilino del quinto…»—. El relato es una necesidad de la existencia.

Desde que hay universidad en Cergy, por las tardes se ve a los estudiantes haciendo la compra en el hipermercado Alcampo. Se les reconoce en las cajas por cierta distancia irónica, por su agrupación espontánea, sin necesidad de saludarse, como personas acostumbradas a verse todo el día en clase o en el comedor universitario. Son comunidades de «costumbres» (mismos lugares, horarios, intereses), fuertes y efímeras.

13 de abril

En el RER hacia Cergy, una mujer asiática teje, con el patrón extendido sobre las rodillas. Parece muy complicado: tres ovillos de lana de diferentes colores que cuelgan encima del papel del patrón y de los que va cogiendo cada hebra, una tras otra. Yo leo *Le Monde*, un artículo sobre lo que está pasando en Bosnia. En comparación con esa guerra, mi ocupación no es mucho más útil que la suya. Hace dieciocho años, yo debía de estar leyendo de la misma

manera un artículo sobre la *boat people*, de la que quizá ella formó parte. Justo antes de llegar a Conflans, saca un llavero que hace las veces de tijeras, corta los hilos, guarda las madejas y la labor en su bolso, y se levanta para bajarse.

17 de abril

Vuelo Marsella-París. La mujer junto a la ventanilla lleva un traje pantalón malva, una blusa malva más clara, un bolsito negro y dorado, y zapatos a juego. No lee. Empieza a limarse las uñas con esmero. Más tarde, se mira en un espejo. Abre y cierra el bolso varias veces, buscando algo, o quizá no. Cuando la azafata pasa con el carrito de la comida, pide champán, lo paga y lo bebe lentamente mientras mira al frente. Es una mujer que va a reunirse con un hombre y que se permite el champán para que la felicidad de la espera sea perfecta. Para celebrar la espera en sí.

Justo antes del aterrizaje, se mira de nuevo en el espejo y se retoca el maquillaje. Me pongo en su lugar.

Por la noche, en Les Halles, un negro con una especie de platillos, otro que toca un tambor y un tercero que canta. Un blanco borracho baila junto a ellos con una muñeca metida en el cinturón del pantalón. Una multitud de viajeros a nuestro alrededor. Recuerdo mi sueño, cuando tenía dieciséis años, de irme a vivir a Harlem, por el jazz.

11 de mayo

Cerca de la estación de metro Bonne-Nouvelle, un tipo corpulento de unos treinta años me llama. Le pregunto qué quiere. Me enseña un cubilete:

—¡Para comer!

Le comento, riendo, que no parece hacerle mucha falta. Saca de su bolsillo un folleto de un centro de adelgazamiento; debería ir, pero la Seguridad Social no lo cubre. Charlamos, él sobre su situación y yo sobre lo difícil que es dar algo a todo el que pide. Lleva en la mano un periódico de anuncios y un pequeño cartel. Extiende con cuidado el periódico sobre un escalón de acceso al metro, se sienta y coloca el cartel y el recipiente. Dice:

—Le juro que no bebo.

Y, acercándose a mí, añade:

—Además, si bebiera, notaría el olor a vino, a alcohol.

Y también:

—Ya no queda dignidad en ningún sitio.

18 de mayo

En la sección de medias y pantis Yves Saint Laurent de los grandes almacenes Printemps Haussmann, la dependienta no está. Al otro lado del pasillo, una mujer toquetea las bolsas de medias. Rápidamente, se mete una en el bolso y se dirige hacia la perfumería. De repente, me doy cuenta de que acaba de robar unas medias. Como no la estaba observando especialmente, una anomalía en la sucesión esperada de sus gestos —meter el objeto en su bolso en lugar de llevarlo en la mano mientras se dirige a caja— debe de haberme alertado inconscientemente.

Me imaginaba la excitante tensión de esa mujer.

20 de mayo

Una reja en el escaparate de la zapatería Jean-Claude Monderer, en el centro comercial Les Trois Fontaines, y un cartel: «Liquidación total por cese».

Una tienda que se llamaba Espace 2 M cuando llegué a la ciudad nueva. He intentado recordar todos los pares de zapatos que me había comprado ahí.

Cada desaparición de una tienda en el centro comercial supone la muerte de una parte de uno mismo, la más deseante.

21 *de mayo*

Una mujer sin maquillar sentada frente a su hijo, un preadolescente, en el RER en dirección a Denfert. Lee una revista femenina. Él mueve las piernas, esconde la cabeza tras la mochila; indicios de que no sabe qué hacer con su cuerpo. Habla, le hace preguntas a su madre. Ella no responde. Está leyendo un artículo que se titula «La edad ya no es un obstáculo para el amor».

22 *de mayo*

En una afamada *Weinstube* de Estrasburgo, Chez Yvonne, con mesas muy pegadas que dan una falsa impresión de cercanía. Una pareja, de unos cincuenta años. Sacan la guía Gault&Millau y piden el *Presskopf* que aparece en sus páginas. Mientras esperan el plato, cuentan que vienen de la región parisina, que hacen la ruta del vino, aprovechando el puente de la Ascensión. Sonríen. Una vez servidos, solo hablan para comentar lo que están comiendo. Quizá vayan así, de proyecto en proyecto, guiados al mediodía y por la noche por la Gault&Millau, que para ellos ha sustituido al manual de *Técnicas del amor físico*, si es que alguna vez lo leyeron.

28 *de mayo*

Zapeando de cadena en cadena, como de costumbre, antes de apagar la tele, he visto aparecer en la pantalla el rostro terso y bonito de una chica muy joven. Decía: «Mi padre me violó cuando tenía doce años». Era imposible apartar la mirada de ese rostro. Ha proseguido su relato con calma —cuando la madre se quedaba dormida cada día tras ingerir los correspondientes somníferos, el padre penetraba en la habitación de la niña—, ayudada por las discretas preguntas del presentador, un hombre maduro, de pelo canoso, con aspecto de buen padre, en el papel de confidente. Luego ha llegado la madre, con el rostro atormentado, al borde de las lágrimas, y, después, la abuela, una mujer fuerte, defendiendo a su hijo, el violador, actualmente en prisión y que «llora como un niño».

En el siguiente acto aparece el pueblo, cuyos habitantes, presentes en el plató, acusan a la joven de haber sido cómplice, o incluso incitadora, de su padre. Esta, con la cabeza alta, parece una heroína de la Antigüedad frente a un coro enfurecido.

Tercer acto. Entran en escena unos psicólogos y un abogado, que explican y resuelven el conflicto. 1) El padre violó a su hija porque él mismo fue violado durante su infancia por un miembro de la familia; 2) la niña, en una situación de dominación, no tuvo más remedio que aceptar la violación; 3) el pueblo cometió el error de considerar a la niña como una mujer responsable por haberse acostado con un hombre.

La madre llora, la abuela también. El espectáculo ha terminado, pero las pasiones no se han apaciguado. Los actores a los que se ha obligado a representar sus vidas se van con sus creencias y sus odios avivados por la exhibición.

Extraña, la sensación de que esta «realidad», debido a su puesta en escena, no era verdadera; es decir, que no se había alcanzado la verdad de las personas, de la historia. Lo que sí era cierto, y llamativo, era la fascinación que el incesto ejercía sobre todos los participantes y el deseo de condenar a la víctima, a la bella joven.

Más tarde, he pensado que habría cada vez más *reality shows*, que la ficción desaparecería y que, luego, ya no podríamos soportar esa realidad convertida en espectáculo y la ficción volvería.

29 de mayo

Atentado en la Galería de los Uffizi, en Florencia. Cinco muertos y cuadros dañados, entre ellos uno de Giotto. Grito unánime: pérdidas inestimables, irreparables. No en referencia a los hombres, las mujeres y el bebé fallecidos, sino a las pinturas. ¿Acaso el arte es, pues, más importante que la vida? ¿La representación de una *madonna* del siglo XV vale más que el cuerpo y el aliento de un niño? ¿Porque la *madonna* ha atravesado los siglos y millones de visitantes del museo seguirán disfrutando al verla, mientras que el niño asesinado solo hacía felices a muy pocas personas y, de todos modos, habría muerto algún día? Pero el arte no es esa cosa que está por encima de la humanidad. En la *madonna* de Giotto estaba la carne de las mujeres que había conocido y tocado. Entre la muerte de un niño y la destrucción de su lienzo, ¿qué habría elegido él? La respuesta no está clara. Su lienzo, tal vez. Confirmando así la parte oscura del arte.

17 de junio

Hipermercado Alcampo, nueve de la noche, esperando en la caja. Un tipo, todo colorado, no deja de refunfuñar contra la gente que paga con cheque o tarjeta:

—¿Se puede saber por qué no llevan dinero encima?

Se altera:

—¡Si se hubieran levantado como yo a las cuatro de la mañana!

En la cinta transportadora, ha dejado una botella de plástico de un litro y medio de vino. Es una escena que desentona en el centro comercial Les Trois Fontaines, cada vez más impecable, más correcto. Como con los que piden en el metro, la gente mira hacia otro lado.

Siempre tengo la sensación de ser una impostora cuando utilizo una palabra culta por primera vez; hoy, *ítem*.

29 *de junio*

A las ocho en punto, el sol ya pegaba fuerte en las ventanillas del RER. Pasábamos junto a enormes montículos de arena y grava, cerca del río Oise. Un pequeño hotel-restaurante, À la Passerelle, de aspecto antiguo. En el lugar donde antes estaba el viejo barrio marginal de Nanterre, desmantelado hace unos diez años, hay un campamento de gitanos.

Hacía calor y los hombres miraban fijamente a las mujeres sin ningún reparo, como si, con ese sol, la brutal erección matutina no lograra calmarse y el vagón del RER fuera una gran cama.

6 *de julio*

En el centro comercial Les Trois Fontaines, una tienda de vídeos ha sustituido a Go Sport, que se ha trasladado al lado de Darty. Donde antes estaba la carnicería Le Boeuf Limousin, hay un restaurante asiático; en lugar de la pescadería (que olía fatal), ahora hay un comercio de productos italianos; y la quesería (que olía fuerte y bien) se ha visto reemplazada por un estancoquiosco de prensa. En las dos plantas de Super-M se han instalado La Redoute, el McDonald's, Etam, etcétera. La Samaritaine se ha convertido en Alcampo, Bricogem se ha transformado en Grand Optical, una especie de factoría que fabrica gafas delante de la clientela, tras los mostradores. Rodier, Coryse Salomé y Kookaï han desaparecido. Quedan algunas sucursales de marcas muy antiguas: Eram, Bata, André, las lanas y los calcetines Phildar, las máquinas de coser Singer —«con Singer lo consigues»—.

La sensación del tiempo que pasa no está en nosotros. Viene de fuera, de los niños que crecen, de los vecinos que se marchan, de la gente que envejece y muere. De las panaderías que cierran y son sustituidas por autoescuelas o talleres de reparación de televisores. De la sección de quesos trasladada al fondo del supermercado, que ya no se llama Franprix, sino Leader Price.

12 *de julio*

Unos jóvenes músicos han subido en la estación de Sartrouville. Tocan *La foule*, *Mon amant de Saint-Jean*…, melodías de antes del RER y las ciudades nuevas. Les doy diez francos, igual que les doy a las siluetas y los rostros de la miseria. El mismo gesto para pagar el placer o la compasión.

Las canciones convierten la vida en una novela. Hacen que las cosas que hemos vivido parezcan bellas y lejanas. De esa belleza surge, más tarde, el dolor de escucharlas.

En la película de Raymond Depardon sobre el manicomio de la isla de San Clemente, cerca de Venecia, se ve a un hombre desplomado sobre una mesa. Tiene una radio pegada al oído y escucha una canción a todo volumen. Es una canción italiana que recuerda a una feria, a un baile al aire libre, al amor perdido. El hombre escucha y llora.

3 *de agosto*

En la larga cola de una caja de Alcampo, una madre joven con su hijita. Comenta en voz alta los gestos de la niña:

—¡No te arrastres, estás barriendo el suelo con tu vestido!

La regaña:

—¡Quédate aquí!

Le describe el futuro inmediato:

—Vamos a calentar agua para fregar los platos cuando lleguemos a casa. Ya sabes que esta mañana no había agua caliente, mamá ha tenido que darse una ducha fría.

Etcétera.

La pequeña apenas escucha, repite «ducha fría» sin convicción, como si supiera que su madre habla así para que la oigan los demás.

Detrás de ellas, un grupo formado por una madre y unos adolescentes tranquilos, con risas contenidas y gestos mesurados. Imposible oír lo que se dicen. La compra está ordenada en la cinta transportadora: bonitos cuadernos, material escolar marca Chevignon, productos básicos —leche UHT, yogures, Nutella, pasta—; ni verduras ni carne, que sin duda compran en tiendas especializadas. Una familia burguesa, que no necesita «llamar la atención» y que extrae su fuerza precisamente de su invisibilidad.

12 de agosto

Apelotonamiento en la escalera mecánica que baja al andén, en Auber. Se desliza, abarrotada. Se puede ver, abajo, junto a la pared azul, a una pareja abrazándose, besándose. Ambos rondan los cuarenta. El rugido de un tren que llega. El hombre y la mujer se separan y corren hacia el tren. Estaban justo en el lugar donde, un día del año pasado, hacia medianoche, estaba yo con F. Como la mujer, me apoyaba en la pared. La escalera mecánica bajaba interminablemente, vacía, con un traqueteo continuo.

13 de agosto

En la copistería Avenir Secrétariat, la empleada está haciendo fotocopias para un africano. A un lado, una chica joven y dos mujeres maduras conversan en voz baja con una sorprendente sonrisa, idéntica, que parece no poder

borrarse jamás. Es su turno. Quieren imprimir menús de boda. La joven le entrega el modelo preparado, que la empleada ojea impasible:

—¿Papel Tokai, en la misma línea o algo más económico?

Les enseña los diferentes tipos de papel y formatos, y ellas miran detenidamente. Las que resultan ser madre y madrina dejan escoger a la joven, la futura novia, y luego le preguntan con insistencia: «¿Te gusta?». Las tres son un remanso de dulzura y ensueño, unidas en la espera y la preparación del «gran día», como hace un siglo.

16 de agosto

En la ciudad nueva, cerca de la estación del RER, una mujer negra con una falda plisada de color marrón claro, una blusa beige y un sombrero redondo, como los de los cuáqueros. Apoyada en el murete de hormigón que domina las vías situadas más abajo, una chica con vaqueros y anorak, a pesar del calor, con aire distraído. Tres niñas pequeñas, una de las cuales lleva un ramillete de hojas, con su madre. Un hombre blanco, de unos cincuenta años, con camisa de manga corta y mochila, camina con paso enérgico. Un grupo de hombres y mujeres jóvenes, todos vestidos igual, con pantalones negros y camisa blanca (¿una secta o los dependientes de una tienda?), se dirige hacia la entrada del RER.

Hoy, durante unos minutos, he intentado *ver* a todos los individuos con los que me cruzaba, todos desconocidos. Me parecía que su existencia, al observar con detalle su persona, se me hacía de repente muy cercana, como si los tocara. Si continuara con esa experiencia, mi visión del mundo y de mí misma cambiaría radicalmente. Quizá mi *yo* se disolvería.

17 de agosto

Nueve de la mañana, Alcampo, nada más abrir, casi vacío. Hasta donde alcanza la vista, montones de tomates, melocotones, uvas; estanterías paralelas, e iluminadas, de yogures, quesos, embutidos. Extraña sensación de belleza. Estoy en las puertas del Edén, la primera mañana del mundo. Y TODO ES COMESTIBLE, o casi.

Al fondo, los estrechos pasillos de las cajas. Al pasar por ahí, las cosas volcadas a lo loco en el carrito parecen pequeñas, menos bonitas que en la profusión del hipermercado, no muy diferentes de las que se compran rápidamente en la tienda árabe de la esquina.

25 de agosto

Ver escrito PARÍS sobre fondo azul, justo en el momento en que me incorporaba a la carretera que lleva a la autopista A15, me llenó de repente de asombro, de felicidad. Por primera vez, leía ese nombre en la señal con la imaginación de mis quince años, cuando aún no había ido nunca a París, cuando esa ciudad era un sueño. Un instante excepcional, en el que la sensación del pasado vuelve al presente, se superpone a él. Como al hacer el amor, cuando todos los hombres del pasado y el que está ahí se funden en uno solo.

31 de agosto

Por la tarde, en uno de los accesos a la Place des Touleuses, una anciana está apoyada contra una pared. A su alrededor, un grupo de gente, muchos niños. Echa a andar, lentamente, aturdida, sostenida por una mujer y un hombre que vocifera a los cuatro vientos:

—¡Yo no soy enfermera!

Los niños corretean a su alrededor entre gritos y exclamaciones. Ella, un poco encorvada, vestida de gris, pelo gris, gafas. La sangre le brota de la nariz hinchada. Lleva el bolso colgado del antebrazo y pegado al vientre. Rodeada por el pequeño grupo que la conduce a la consulta médica, cruza la plaza desierta y bañada por el sol como una plaza de toros.

1 de septiembre

Una madre y una hija caminan por el andén del metro, la hija agarrada al brazo de su madre. Un viejo gesto provinciano de las chicas que avanzaban así por la calle principal los domingos, para sentirse más seguras frente al mundo y a los grupos de chicos plantados delante del cine.

10 de septiembre

En Les Trois Fontaines, una pareja sola en la escalera mecánica que sube. Desde abajo, solo se ve la espalda del muchacho. Ambos van muy pegados, frotándose. De vez en cuando, el chico gira la cabeza y mira a la gente de abajo con sus carritos de la compra. Se diría que los dos ascienden al cielo. La camisa del joven es de un rojo vivo.

Este mediodía. Estoy sentada con los ojos cerrados en el salón. Oigo pasar los coches por la carretera de abajo, mojada. Un camión. Me represento mentalmente el jardín en pendiente, la cerca blanca, la calle. En mi cabeza se forma una frase, «se oía el ruido regular de los coches, el chirrido más prolongado de los neumáticos debido al suelo mojado», con la que seguramente no haré nada. Simple costumbre de poner palabras al mundo.

«Voy a coger *mi* RER.» Forma de expresar el vínculo y la familiaridad con las cosas que utilizamos habitualmente. *Mi* RER: el de la línea A, el que me

lleva a París y me trae siempre de vuelta a la misma estación de Cergy-Préfecture, en el que me subo sin pensarlo, del que conozco todas las paradas sin necesidad de mirar los letreros de los andenes. Donde siento que formo parte de la multitud de usuarios de dicha línea, esa comunidad anónima para quien también es *su* RER.

Los trenes de las líneas B, C y D del RER no son los míos —ni los de la línea A que se dirigen hacia la periferia acomodada, hacia Le Pecq y Saint-Germain-en-Laye—. De forma imperceptible, me siento ajena a ellos, casi una intrusa.

28 de octubre

Dos mujeres han subido en el Parc des Expositions. Se sientan una frente a otra. Una es joven, morena y guapa; la otra, rubia, de unos cincuenta años, un poco encogida en su asiento. Por el tono agresivo de la joven, se trata de una hija y una madre.

—¿Nos invitas al restaurante esta noche?

La madre duda:

—No… Tenemos que ir a… *(Ininteligible.)*

La hija, no sin cierto regocijo:

—¿Te das cuenta? ¡Siempre con rodeos! ¡Haberlo dicho desde el principio!

La madre se queda callada. La hija continúa:

—Françoise me ha preguntado qué querías para tu cumpleaños. ¿Una torera te parece bien?

—Sí, sí.

—No iba a decir que querías, no sé, un traje de Chanel. *(Risa sarcástica de la hija.)*

La madre intenta apaciguar a su hija:

—Es muy amable por tu parte.

Eso desencadena una nueva explosión de ironía por parte de la hija:

—¡Claro que soy muy amable!

Hasta la Gare du Nord, cada frase de la madre —que se esfuerza por mantener un tono neutro— es comentada por la hija, que detecta de inmediato un significado oculto, el verdadero significado, es decir, la malicia de la madre:

—¿Te das cuenta de cómo eres?

El discurso de la madre es analizado minuciosamente y condenado por la hija con un empeño que provocaría pavor si no se percibiera como el síntoma de un malestar, de un hastío que se resuelven con el acoso fácil e impune a la mujer que la ha traído al mundo.

12 de noviembre

Una voz se alza en el RER:

—Estoy en paro, vivo en una pensión con mi mujer y mi hijo, tenemos veinticinco francos al día para vivir.

A continuación, el relato de la pobreza cotidiana, repetido probablemente diez veces por hora, en el mismo tono. El hombre vende prensa social, *Le Réverbère*. Sus palabras son las de la humildad:

—No les pido mucho, solo unas moneditas para ayudarme.

Recorre el vagón. Nadie compra el periódico. Al bajarse, el hombre suelta con tono amenazante:

—¡Les deseo muy buen día y buen fin de semana!

Nadie levanta la vista. La ironía de los pobres no cuenta, no es un arma, solo una molestia.

16 de noviembre

En *Le Monde*, este titular: «La Corte Penal Internacional, que juzga los crímenes de guerra, no cuenta con un verdadero apoyo político».

Existen cuarenta mil documentos sobre las exacciones cometidas en Bosnia. «Ya se han censado cuatrocientos campos de concentración y de detención, noventa y ocho fosas comunes con cerca de tres mil cadáveres y tres mil víctimas de violaciones. Pero, según el señor Bassioni, el riesgo de pérdida de pruebas aumenta con el tiempo. La pérdida de las pruebas es una de nuestras principales preocupaciones.»

Escribir esto, y todo lo que escribo aquí, como *prueba*.

21 *de noviembre*

Feria del Libro del Pen Club, en el gran vestíbulo de la Maison de la Radio. Visones, joyas, en mujeres que tienen todas el mismo aspecto de «vieja joven»: delgadas, sin pecho, rubio vaporoso, dientes bonitos y rostro arrugado. «Querida amiga, gracias por venir.» El escritor de novelas exóticas se levanta así varias veces, extendiendo el brazo por encima de su pila de libros para saludar con elegancia a sus amistades. Según parece, el Pen Club se creó para ayudar a los escritores encarcelados y sometidos a tortura.

En el andén de la estación de Étoile se presenta un payaso, muy flaco, con una pequeña cartera de cuero. Recorre el andén, con la mano a modo de visera sobre los ojos: «Busco a mi público…». Sorpresa e incomodidad entre las personas que esperan el RER… Suelta la cartera, saca de ella una bandeja roja de McDonald's y la pone en el suelo. En un santiamén, se coloca las piernas alrededor del cuello y camina sobre las manos a lo largo del andén, zigzagueando como un escarabajo gordo entre la gente, a la que se dirige con una mezcla de agresividad y amabilidad. Ante una joven, vocifera:

—¡Esta me la paso por la entrepierna! No, señorita, a usted no, ¡la barandilla!

Dicho y hecho. Interpela a un hombre:

—¡Eh! ¿A que tú nunca has follado así?

Poco a poco, la gente se distiende, deja que su cuerpo se relaje; todos se giran y ahora siguen las circunvoluciones del payaso por el andén. Solo se le oye a él, su voz resuena en la estación dominical, medio desierta. Es un gran gusano retorciéndose en el suelo. Se endereza bruscamente y saca una pistola de juguete para obligar a la gente a darle dinero. La gente se ríe. ¿Es triste o alegre? Difícil de decir.

22 *de noviembre*

Esta mañana, en France Inter:

Seis personas, entre ellas tres adolescentes y una niña pequeña, han fallecido en un barrio obrero de Mulhouse, en la Rue de la Fabrique: unos turcos que vivían en la buhardilla de un inmueble. Al parecer, una estufa de leña ha sido la causa del siniestro.

Dos sintecho han muerto de frío, uno en Les Mureaux, en Yvelines, y otro en La Rochelle.

Según el primer ministro, «la economía parece estar repuntando».

«Bienvenido al mundo de Rhône-Poulenc. Por ciento treinta y cinco francos, conviértase en accionista», etcétera. *(Voz de hombre, insinuante.)*

«Vuestro trabajo es lo más importante para vosotros. ¿Por qué iba a ser diferente una persona seropositiva?» *(Voz de hombre, viril y convencida.)*

25 *de noviembre*

El Boulevard Saint-Germain está desierto a media tarde. Procedentes de Saint-Michel, aparecen las primeras filas de manifestantes con pancartas blancas. Las tiendas del Boulevard han echado la persiana metálica. Canal 127, una tienda de moda que se había quedado abierta, baja la suya apresuradamente. Las dependientas se quedan atrás, un poco apartadas, bien

vestidas, observando cómo desfila la masa uniforme —todos con vaqueros y cazadora— de estudiantes de instituto.

27 de noviembre

Voz de mujer. «Os gusta tener amigos, que os quieran. ¿Por qué iba a ser diferente una persona seropositiva? Podéis darle un beso, ir a comer a un restaurante con ella», etcétera. La moral llega de la radio, a través de anuncios.

1 de diciembre

«Día del sida.» Catorce millones de personas seropositivas en el mundo. En París, casi todos los enfermos de sida son incinerados, como los apestados de antaño.

Los preservativos cuestan un franco la unidad en todas las farmacias. Precio de reclamo. El lugar, no: la misma bata blanca al otro lado del mostrador preguntando «¿qué desea?». Contestar «dos preservativos» es confesar en una farmacia, delante de todo el mundo, que vas a hacer el amor. Solo la máquina expendedora te hace sentirte libre.

1994

6 de febrero

Hoy, domingo, ha caído un proyectil de mortero en la plaza del mercado principal de Sarajevo. Han muerto sesenta y ocho personas y hay más de doscientos heridos.

No se puede hacer un relato ni una descripción de esto, ni siquiera desde la indignación. Lo único que se podría hacer es que toda la gente de Francia y de Europa se reuniera en las plazas y exigiera a los gobiernos la solución del conflicto. Si no lo hacemos, es porque esta guerra y esos niños muertos en el mercado de Sarajevo nos importan menos que la lotería o la película de la noche en la tele, porque para nosotros no son más que un ruido de fondo trágico. «La vergüenza nos atenaza a todos», claman algunos intelectuales. Se equivocan, la realidad lejana no da vergüenza.

8 de febrero

Tarde en la estación de metro Châtelet-Les Halles. Un vendedor de *Le Monde* recorre el andén con nerviosismo, con aire decidido —o desesperado—, repitiendo con tono monótono, como una letanía: «*Le Monde*, compren *Le Monde*», en medio de palabras extranjeras.

Un africano con una guitarra canta en francés una melodía muy larga sobre su infancia en Mali, su madre, su choza, las tradiciones. Una mujer blanca lo

acompaña, también con una guitarra, pero ella no canta. Poco a poco, la gente se va reuniendo a su alrededor, dejándose llevar por la música, por las palabras de un pasado que, para la mayoría, no es el suyo, pero que les habla de la infancia, de un país perdido.

En el RER, en grandes letras en la página del periódico que lee un hombre: «VUELVEN LAS MEDIAS TRANSPARENTES».

18 de marzo

En lo alto de la escalera mecánica, en Les Halles, un hombre pedía limosna. Dejaba asomar ligeramente por sus pantalones, cortados a la altura de las rodillas, los muñones de sus piernas amputadas. Parecían dos enormes glandes.

En la estación de Montparnasse, un acordeón invisible tocaba *Le temps du muguet*, la canción de Francis Lemarque, y, luego, la melodía de *Los paraguas de Cherburgo*. Al doblar un pasillo, un grupo de revisores con uniforme marrón —cuatro o cinco en fila junto a la pared, y otros cuatro más— rodeaba e interrogaba con dureza a un hombre joven, de piel morena, con el pelo recogido en una coleta. Abrumadora impresión de que es algo que *está a la orden del día*.

Tristeza y abatimiento entre los vendedores de periódicos callejeros, ahora. La novedad de esta ayuda a las personas sin hogar se ha desvanecido. Cada vez más, esta prensa social —que nadie considera «verdaderos» periódicos, ni su venta un «verdadero» trabajo— se percibe como una medida irrisoria para normalizar la pobreza o, incluso, para evitar que se convierta en un peligro.

31 de marzo

Una silueta ha aparecido ante mí mientras desbrozaba el camino de mi jardín. He levantado la vista. Era una mujer bajita y corpulenta, de unos sesenta años, vestida con ropa sencilla y abrigada. Sonreía:

—Disculpe que la moleste, ¿no habrá visto usted a un gato negro? Se lo encomendé a un funcionario de Justicia y se le ha escapado.

Le he dicho que ayer solo vi a un gato blanco y negro. Ella no se movía. Le he propuesto que fuéramos a mirar al cobertizo, porque el altillo, debajo de la techumbre, suele servir de refugio a los gatos callejeros. Ya en el interior del cobertizo, le he preguntado por el nombre de su gato, para llamarlo. Ella se ha reído:

—Lo llamamos Pépère, «Abuelo».

No me he atrevido a gritar «¡Pépère!», solo he dado un golpecito con el puño contra el altillo. No había ningún gato. Hemos vuelto en silencio por el camino. Luego, titubeando, ha añadido:

—Me han dicho que volvería solo a casa. Pero Pontoise queda lejos de aquí, la verdad…

Le he aconsejado que llamara a la SPA.

—Sí, pero no está tatuado…

Ella seguía sonriendo con dulzura, no parecía tener ganas de marcharse.

Ya ha llegado la primavera, esta vez de verdad. Todos los árboles están en flor.

18 de abril

Estación de Auber. Justo donde empiezan las dos cintas transportadoras, un hombre mutilado de ambas piernas pide limosna. Me pregunto si es el mismo que el de Les Halles. Al aventurarme en la cinta transportadora, lo veo de espaldas. Me parece ver sus piernas dobladas bajo las nalgas.

27 de abril

En Maisons-Alfort, en el barrio de Les Juilliottes, he vuelto a esa larga calle cuyo nombre desconozco, que va desde la Avenue Général-Leclerc hasta la Avenue Léon-Blum. La conozco por haber acudido cinco o seis veces a la consulta del doctor M. He vuelto a ver, a la derecha, los adosados típicos de los suburbios —algunos siempre me habían parecido abandonados y hoy tenían las contraventanas abiertas—; a la izquierda, los bloques de pisos y el inmenso aparcamiento. Una excavadora estaba desmantelando el parque público, quizá para construir más viviendas. Pasado el edificio de Hacienda, he percibido el habitual olor dulzón, sin duda procedente de una empresa de productos químicos. Hacia el final de la calle, donde se estrecha, más casitas, un bar de apuestas, un taller de instalación de parabrisas, una vivienda unifamiliar con las contraventanas cerradas tras unas rejas. Había chicas magrebíes en grupos de dos o tres —es día festivo y hace buen tiempo—. Ha empezado a gustarme esa calle de Maisons-Alfort, en un barrio periférico que no conozco.

5 de mayo

En un pasillo de la estación de metro de La Bastille, estas palabras escritas con tiza en letras enormes en el suelo: «PARA COMER». Un poco más allá, de la misma manera: «GRACIAS». Más allá aún, arrodillado en medio del pasillo, el hombre que lo ha escrito, con un cubilete en la mano tendida. La marea de gente se abre en dos brazos ante él. Yo estaba en el de la derecha.

17 de mayo

La profesora de Francés del instituto de A., en el departamento de Le Nord, que da clase a alumnado de compensatoria, va en Mercedes, con joyas, una bufanda elegante y la discreción propia de una rubia. Que haya nacido en un entorno popular, como ella misma proclama, no cambia nada para las y los estudiantes: *ahora* es una burguesa. Todo lo que dice en clase contra la publicidad y la tiranía del dinero no contrarresta la obscena visión de un Mercedes aparcado delante del instituto Guy-Mollet.

26 *de mayo*

En las vallas publicitarias ha vuelto a aparecer esa mujer guapa de rostro serio, con el pelo liso recogido en un moño bajo, que exhibe un pecho levantándolo ligeramente, como si se dispusiera a amamantar. Pero el pecho, un poco caído, es el de una mujer madura y padece cáncer. La mirada de la mujer se cruza con la de otras mujeres por todas partes, en el metro, en las calles.

Apuntar un día todos los carteles pegados en las paredes de varias estaciones de metro, con sus eslóganes. Para fijar con exactitud la realidad imaginaria, los miedos y deseos del momento. Los signos de la historia presente que la memoria no retiene o considera indignos de ser retenidos.

21 *de julio*

Paseamos por un largo camino forestal, todo recto, del que no vemos el final, en el Bois de L'Isle-Adam. Tres mujeres avanzan en sentido contrario. Dos jóvenes y otra mayor, quizá su madre, con ramas en la mano. Les preguntamos adónde conduce el camino.

—A ninguna parte —responden, en tono distraído.

Y enseguida exclaman, triunfales y al unísono:

—¡HAY UN EXHIBICIONISTA!

Al parecer, se trata de un hombre de mediana edad, con camiseta azul, que las ha seguido durante todo el paseo, escondiéndose entre los matorrales. Las mujeres blanden marcialmente los palos con los que se han armado para protegerse. A fin de cuentas, y según su descripción, no parece que el hombre exhiba su sexo. Se trata más bien de un *voyeur* furtivo, a quien el gran bosque sombrío permite, por una tarde, dar rienda suelta a su deseo desenfrenado. El riesgo que han corrido sobreexcita a las tres mujeres, todavía nerviosas debido a ese encuentro forestal que les ha recordado una escena de caza ancestral, con la mirada salvaje del macho acechando a la hembra a través del follaje.

15 *de noviembre*

Las cajeras de Alcampo te saludan en el momento exacto en que, tras haberle entregado al cliente anterior su ticket de caja, colocan tu primer artículo en la cinta transportadora. Por mucho que te encuentres en su campo de visión, justo frente a ellas, a veces desde hace más de cinco minutos, solo en ese momento, cuando empiezan a registrar tus compras, parecen descubrirte. Esa extraña y ritual ceguera revela que no hacen más que obedecer una consigna de cortesía obligatoria. A ojos del *marketing*, solo existimos en el momento en que se intercambian paquetes de detergente y yogures por dinero.

Esperanza, siempre vana, de no tener ya nada que anotar, de no volver a sentirme atrapada por nada de este mundo, por la marea anónima con la que me cruzo y de la que, para los demás, formo parte.

2 *de diciembre*

Para el encuentro con Taslima Nasrin, en el Centro Pompidou, está prohibido entrar sin una invitación que hay que mostrar junto con un documento de identidad. También es obligatorio dejar los bolsos en el guardarropa. Este riguroso control parece divertir a la multitud de invitados, felices de alcanzar momentáneamente el estatus de individuo peligroso. Nos acomodamos en la sala; las charlas y las risas continúan. La prohibición de salir antes de que termine el acto excita mucho:

—¿Tienes hambre? ¡Pues mala suerte! ¡Ya sabes que estamos encerrados!

Sensación cada vez más intensa y deliciosa de imaginarse en peligro.

Las personas que deben entrevistar a Taslima Nasrin llegan y se sientan tras una mesa, en el estrado, frente al público: escritoras francesas, una iraní, dos hombres. Aparece Taslima Nasrin, alta, bella y serena, vestida al estilo bengalí. Se sienta. Un hombre se agacha detrás de ella, su traductor. La primera escritora que toma la palabra le explica a Taslima Nasrin, con tono apasionado, que, a nuestro alrededor, por todas partes, hay cientos de cuadros, de libros. Taslima Nasrin lee una declaración en inglés, que la escritora Leslie Kaplan comienza a traducir. Alguien, en la sala, la interrumpe. Critica duramente su traducción y afirma que es inútil traducir del inglés, «todo el mundo lo entiende». La sala parece estar de acuerdo. Me pregunto si soy la única que no lo comprende todo.

Las mujeres y los hombres de la mesa preguntan ahora a Taslima Nasrin sobre su vocación como escritora, sobre la escritura. Sus respuestas parecen fuera de lugar, quizá debido a la traducción, y convencionales. Entre el público, algunas personas también le hacen preguntas, le inquieren acerca de si cree que existe una escritura femenina. Ella responde que las mujeres son más observadoras que los hombres, que deben encontrar su propio lenguaje y que ella no es feminista, sino humanista. Es una ceremonia en la que es importante que todos los participantes tengan la sensación de desempeñar un papel. Para muchos de los asistentes, eso consiste en criticar las preguntas formuladas por los demás. Quizá sería mejor no interrumpir la contemplación de esa mujer amenazada de muerte a la que se lleva de país en país, como una estatua de la Virgen, para dar a quienes la miran la impresión de que están haciendo algo por la libertad.

16 de diciembre

En el café Flore, un hombre habla con una mujer que no deja de asentir. Su voz fuerte y vehemente llena la terraza.

—¡No quiero estar las veinticuatro horas del día escuchando a una mujer en plan protector! —dice.

Más excitado:

—¡Yo también quiero ser un niño, un animal salvaje que obedece a sus instintos!

Luego, más tranquilo, con aire pensativo:

—Quiero poder marcharme cuando me apetezca. Un poco como un gato, ¿sabes?

La conversación gira ahora en torno a la parte femenina y masculina de cada individuo, una teoría que el hombre expone a su compañera como si fuera una idea propia que acaba de descubrir. Clama que es bueno estar con «una mujer intelectual, un poco masculina». Ella está de acuerdo.

Se intercambian los números de teléfono. Se levantan y salen. Ella es joven, muy guapa. Él, maduro y con aire moderno. Quizá se crea Sartre, que solía seducir a mujeres jóvenes y guapas en este café.

1995

13 de enero

La joven rubia que ha entrado a toda prisa en el vagón del RER, sin dejar bajar a los viajeros, está sentada ahora frente a mí con una bolsa de patatas fritas. Sin prisa pero sin pausa, mete la mano una y otra vez en la bolsa, saca una patata frita y la muerde. Me gustaría que terminara pronto… Su lentitud y su tranquilidad al masticar las patatas fritas me provocan taquicardia, un nerviosismo creciente. Entonces pienso que podría matarla —y aun así no sería suficiente; torturarla, quizá—, como esos adolescentes que solo obedecen a su deseo y que levantan bruscamente el puño o una navaja contra un desconocido porque «no tragan su jeta».

14 de enero

Jeanne Calment, la mujer más vieja del mundo, celebrará sus ciento veinte años el mes que viene. Su médico habla de ella, cuenta sus réplicas ingeniosas, destaca su vivacidad y su sentido del humor, no para de relatar anécdotas sobre sus hazañas, «a los cien años hacía esto; a los ciento diez, aquello».

—¡Imagínese que un día la encontré cambiando una bombilla de la lámpara del comedor, encaramada a un taburete colocado sobre la mesa!

Parece ser que recibe cientos de cartas de felicitación por su cumpleaños. Como si esa larga vida fuera obra suya. Pero Jeanne Calment no ha hecho más que cumplir, con la más absoluta despreocupación, su destino genético.

Desde hace varios siglos, Occidente se ha acostumbrado a tomar la naturaleza, las rocas y los árboles como medida de la duración de la vida humana; a meditar sobre las ruinas y las sombras polvorientas que las habitan. Cada verano, millones de turistas acuden a descubrir las huellas del pasado en los castillos del Loira y en el Pont du Gard. Pero nada es comparable a la emoción que produce la visión de un ser vivo, de un cuerpo que encierra un número inconcebible de años. Nos gustaría conservar ese cuerpo encogido, apergaminado, pero que es el mismo que el de la niña que corría por las calles de Arlés en los años ochenta del siglo pasado.

20 *de enero*

Jacques Maillot fue invitado anoche al programa *Lo + Plus*, de Canal+. A su alrededor, los presentadores y los invitados no paraban de soltar risas y bromas macabras. Él no decía nada, sonreía con aire cándido. Parecía el Ángel del Bien arrojado a un caldero de diablillos desenfrenados y lujuriosos. Tanta inocencia —una se lo imagina sonriendo de la misma manera en el peor de los castillos de Sade— tiene algo de inquietante… o de fingido.

25 *de enero*

Se ve a una pareja. Él está en un sillón, ronda los cincuenta, padece miopatía. Ella está a su lado, corpulenta, maternal. Un médico les habla. El hombre ha decidido morir con la ayuda del médico cuando el deterioro sea insoportable. A la espera de ese momento, el médico visita regularmente a la pareja en su casita. Hablan cordialmente.

—Ha llegado el momento… —dice el hombre.

Se lleva a cabo el protocolo: la primera inyección, que adormece; la segunda, que detiene el corazón. La esposa observa atentamente, comenta.

Cuando todo ha terminado, llora. Va a buscar la última carta que su marido le escribió el día anterior, unas pocas frases que le habían costado seis horas de esfuerzos y dolores. Esto ocurre en los Países Bajos.

Escena terrible de ver, por su sencillez, por su *dulzura*. La muerte ya no es aquí escándalo, desgarro violento del mundo y de los seres. Es algo que se contempla con tranquilidad, por parte del médico, de la mujer, que observan el efecto de las inyecciones. Y por el cámara, en el que nadie piensa. Esta película nos obliga a imaginarnos un mundo en el que, en cierto modo, la elección de la muerte formaría parte de los proyectos de vida, donde «suicidarse» sería una opción tan concebible como casarse.

marzo

Los niños de Sarajevo, huérfanos en medio de las ruinas. Entre ellos, Mario. Dice:

—Por la noche, sueño que mi madre está viva.

Lleva un gorro que le tapa los ojos, sonríe. La tele lo hace luminoso, como si estuviera en una vidriera.

16 de mayo

Televisión. Un pequeño grupo de personas, dispersas, en la Rue Saint-Honoré, frente al Elíseo. Hombres y mujeres, niños, todos con una rosa en la mano. Entran en el patio del Elíseo, indecisos, intimidados. Danielle Mitterrand sale a su encuentro y los conduce hasta la escalinata. François Mitterrand aparece de repente.

—No os quedéis ahí, hace frío —dice con los gestos de bienvenida de quien recibe a unos invitados inesperados.

Entran lentamente con su rosa tiesa como un cirio. Es el último día de François Mitterrand como presidente de la República.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Con ese hombre que acaba de decir «no os quedéis ahí» como un anciano de provincias en el umbral de su casa, se cierran catorce años de mi vida.

20 *de mayo*

Cerca de la Place de l'Alma, en una mediana, hay un hombre tirado en el suelo, acurrucado. Pasan los coches. Una anciana cruza una de las calles, pasa junto al hombre tumbado y le echa un vistazo sin detenerse. Así que no está muerto.

En la estación de Stalingrad, un bulto vacilante de mantas sube al metro. En medio de los tejidos, el rostro arrugado de un anciano árabe que lleva su ropa de cama alrededor de la cabeza y los hombros. Parece un beduino que ha perdido su caravana, tambaleándose entre Stalingrad y Barbès.

6 *de junio*

En la radio: «El presidente de la República ha llamado por teléfono a Boris Yeltsin». Durante unos segundos, visión de François Mitterrand.

Esa misma noche, el presidente Chirac en la televisión, pronunciando el discurso fúnebre de un soldado de la FORPRONU asesinado en Sarajevo. Lee, recalcando cada palabra con fuerza, un texto breve, repartido en numerosas hojas que va deslizando regularmente unas debajo de otras. Mecánicamente, levanta la vista tras cada palabra. Todavía no sabe *aparentar* emoción, y deja ver

que está ahí entre dos ocupaciones y que acaba de descubrir el discurso escrito por un secretario. El soldado de la FORPRONU tenía veintidós años.

Cada vez hay más sintecho vendiendo prensa social —*La Rue*, *Le Réverbère*, etcétera— por todas partes: en el metro, en las puertas de los hipermercados, en los semáforos bajo la lluvia. Los coches no bajan las ventanillas. Son «los periódicos de las personas sin hogar», no periódicos de verdad.

En el RER, apenas se baja un vendedor cuando sube otro:

—Buenos días, me llamo Éric. Estoy en paro. Ayúdenme comprando *La Rue*.

Siempre la voz primero, que se esfuerza por interrumpir las conversaciones, por hacer que la gente levante la vista. La silueta recorre el vagón más o menos rápido, buscando o no las miradas, según el grado de cansancio o desilusión. Este es un chico con gafas, con impermeable a pesar del calor. Tengo un hijo que también se llama Éric.

principios de julio

En Les Thilliers-en-Vexin, en la nacional 14, está escrito en la fachada de una gran casa que hace esquina en una calle, junto al semáforo: COCU —«cornudo»—, en letras enormes. El autor anónimo ha querido que cientos de conductores, al detenerse en el semáforo en rojo, lean el letrero de la infamia, la lítote destinada a matar. Disfrutando de un doble placer: tener un público numeroso, que se renueva indefinidamente, y permanecer oculto tras su obra. Quizá el destinatario de este insulto anacrónico viva aquí, sin atreverse a borrar lo que volvería a aparecer la noche siguiente.

Primera ordenanza municipal que prohíbe la mendicidad y la «posición yacente» de ciertas personas en la vía pública. Tenía que pasar. Que por fin se

oculte a esos seres que exhiben cuerpos encorvados, pegados a la litrona de siempre, cuya visión ofende a los turistas instalados en las terrazas de los cafés.

La posición yacente; la del amor, el sueño y la muerte. Del abandono y del tiempo detenido. Una visión que niega la civilización y el progreso. Tentación.

Los serbios han recuperado Srebrenica y Žepa. Como ya nadie es capaz de imaginarse una guerra *real*, ni los campos de concentración *actuales*, todo el mundo se indigna, pero le da igual.

26 *de julio*

Ayer explotó una bomba en el RER, en la estación de Saint-Michel. Eran las cinco y media de la tarde. Siete muertos, heridos con piernas amputadas. Esos lugares subterráneos abarrotados, idóneos para un atentado con bomba, gota de ácido arrojada sobre un hormiguero. Aún no se conocen todos los nombres de los fallecidos en Saint-Michel. Dentro de una semana, dentro de un mes, esperar en ese andén donde los cuerpos quedaron pulverizados, como si nada hubiera pasado.

24 *de diciembre*

Hoy, víspera de Navidad, al volver de la pescadería, le he dado diez francos a un hombre tendido junto a unas bolsas de basura, en lo alto de las escaleras sucias que bajan a la estación del RER. Un rostro devastado por la pobreza y el alcohol. Olía muy mal. Ha gritado:

—¡Feliz Navidad!

Le he contestado sin pensar:

—Igualmente.

Después me he sentido tan mal que, para borrar la vergüenza, me gustaría revolcarme en su abrigo, besarle las manos, oler su aliento.

1996

principios de enero

Se ha hallado el cadáver de Céline Figard, la joven de diecinueve años desaparecida en Inglaterra desde hace más de una semana. Según la autopsia, no parece que fuera asesinada inmediatamente después de su desaparición. Estuvo secuestrada durante varios días antes de que su asesino, quizá el camionero que la recogió en su vehículo en el área de servicio de la autopista donde hacía autostop, acabara con su vida. Ese lapso de tiempo entre el momento en el que se constató la desaparición y aquel en el que fue asesinada (esos pocos días en los que *aún* estaba viva) constituye el elemento más trágico de este suceso. Sus familiares siempre tendrán en la mente esos días en los que la joven se encontraba en algún lugar de Inglaterra, esperando ser rescatada, ese tiempo en el que podrían haber hecho algo. La imposibilidad de volver a ese momento y cambiar el curso de los acontecimientos es el horror de la existencia. También hubo un tiempo en Chile, en Argentina, en Ruanda, en el que hombres y mujeres, en las cárceles, *aún* seguían con vida.

11 de enero

En la gasolinera de Mobil, por la tarde, un empleado de unos veinte años atiende la caja mientras escucha la radio. Soy la única clienta. Coge distraídamente mi tarjeta de crédito, la introduce en la máquina con una sonrisa en los labios. Es el programa *Les grosses têtes*, de la emisora RTL. El

presentador de la radio se dirige a una oyente: «Entonces, ¿estaría de acuerdo en que usáramos las palabras exactas; no sé, yo diría e-ya-cu-la-ción?». «Sí, sí, pero sin pasarse, claro…»

El presentador se echa a reír: «¡Tiene razón! ¡Cuando hay demasiada, salpica por todas partes!». Risas del público presente en el programa y de los compañeros del presentador. Tecleo el número secreto de mi tarjeta de crédito y espero delante del mostrador a que el empleado me entregue el recibo. Me lo da sin mirarme, muerto de risa, perdido en un placer más obsceno que las palabras que emite la radio.

13 de enero

Los políticos, y tras ellos los periodistas, hablan de una «conf'ferencia», de una «cum'mbre», inflando estas palabras vacías para darles importancia. También pronuncian, insistiendo, la última letra, «la verdadd», y las uniones entre palabras, «jamás-shemos visto». Esta pronunciación político-mediática se asemeja a la de los maestros de escuela haciendo un dictado a sus alumnos. Chirac, Juppé y los demás parecen querer educar al pueblo, enseñarle ortografía y el uso correcto del idioma.

19 de enero

Historia para representar que ya data del año pasado.

Se coloca un par de zapatos en el suelo, delante del público; a ser posible, zapatos de caña alta. Se desliza un cigarrillo encendido dentro de uno de los zapatos, tras haber dado una buena calada para que salga mucho humo. Se muestra, pues, al público un par de zapatos de los que sale humo y se pregunta:

—¿Qué es esto?

Vacilación entre el público, risitas interrogantes. Entonces se dice:

—Es un tipo que estaba esperando el autobús en Sarajevo.

Esta historia provoca una gran hilaridad, a condición de que se escenifique: es imprescindible ver el zapato del que salen ligeras volutas de humo. En un segundo —el tiempo que tarda en explotar una granada—, *se ve* al hombre volatilizado, ruinas; el par de zapatos se convierte en un símbolo atroz. Nadie puede soportar tal metamorfosis sin echarse a reír a carcajadas.

Escribir esta historia quizá sea un buen modo de no olvidar la guerra de Bosnia.

principios de mayo

El vestíbulo de la estación da al subterráneo donde paran los autobuses. En un hueco, un puesto de comida, de luz cegadora, vende bocadillos y bebidas. A los pies de una escalera mecánica casi siempre averiada, unos africanos ofrecen pósteres. Latas de cerveza en el suelo. Sin que nos demos cuenta, la estación de Cergy-Préfecture ha empezado a parecerse, a escala reducida, a todas las estaciones del mundo donde hay gente: Marsella, Viena, Bratislava. Donde una chica está sentada al fondo de una cafetería, por la tarde.

En la pared del parking de la estación, los grafitis *If your children are happy, they are communists*, etcétera, ya medio borrados. *Elsa te amo* ha desaparecido. Sigue ahí *Argelia te amo*, salpicado de sangre.

10 de mayo

Desde hacía varias semanas, el ratón vivía detrás de la cocina, acumulando provisiones —las croquetas del gato— y depositando mechones de una especie de lana amarillenta, un futuro nido. En cuanto encendía el horno, se

desprendía un olor a orina. Se resistía a todos mis esfuerzos por echarlo. Cada noche volvía con las provisiones y la lana que yo le quitaba durante el día. Para acabar de una vez por todas, anteayer por la noche le puse una trampa. Devoró el queso sin activar el resorte. Tanta inteligencia debería haber sido recompensada, pero hice caso omiso y volví a activar el mecanismo. Esta mañana lo he encontrado en la trampa con el cuerpo estrangulado justo por la mitad, la cabeza caída a un lado y los ojos abiertos.

He retirado el cuerpecito de la trampa y lo he echado a la basura. He limpiado por última vez debajo de la cocina, he barrido la lana y los restos de comida. Me había acostumbrado a su presencia. Cuando usaba la cocina, cuando abría el horno, sabía que estaba ahí debajo, escondido, atento a todos los ruidos, reconociéndolos, perfectamente adaptado a su vida en mi cocina. Ni siquiera el calor del horno debía de impresionarlo ya. He roto un vínculo que pertenece al ámbito de lo viviente.

12 *de junio*

En Leclerc, en la sección de verduras, un intenso olor a lejía que marea, como el del esperma.

agosto

Boris Yeltsin ha prestado juramento sobre la Constitución. Una ceremonia de cinco minutos. El líder de la segunda potencia mundial aparece casi mudo, con el rostro hinchado y los andares tambaleantes. Parece que una estatua de piedra hubiera ocupado su lugar.

A P., que le pregunta con cierto tono de reproche por qué juega a la lotería, su madre le responde: «Es solo para esperar algo».

13 de diciembre

El vagón del metro está lleno. Se alza una voz de mujer, potente.

—¡Sean un poco humanos!

Se hace un silencio absoluto. Una voz terrible, que cuenta su desgracia, critica el egoísmo de la gente, su comodidad, etcétera. Nadie la mira ni responde a su ira, porque dice la verdad. Al bajar al andén, se topa con gente que lleva bolsas de regalos para Navidad y la interpela:

—Más les valdría dar dinero a los desdichados en vez de comprar todas esas tonterías.

De nuevo, la verdad. Pero no damos para hacer el bien, damos para que nos quieran. Dar a un sintecho solo para evitar que se muera del todo es una idea insoportable y, además, no por ello nos querrá.

1997

10 de enero

En la estación de Châtelet, cuando me disponía a bajar, una mujer ha preguntado en voz alta:

—¿Para el RER hay que ir a Les Halles, no aquí?

Le he dicho que podía cogerlo desde Châtelet. En el andén, se ha dirigido en sentido contrario, así que le he hecho señas para que volviera. En ese momento, o unos segundos después, se ha oído una voz femenina por un altavoz: «A RAÍZ DE… —vacilaba— UNA IMPORTANTE EMISIÓN DE HUMO, LOS PASAJEROS DEBEN BAJARSE Y DIRIGIRSE HACIA LA SALIDA». Recuerdo haber pensado «me tiene que pasar a mí» y «encontrarme aquí *justo en este momento*». Hemos caminado todos hacia la salida, al fondo. La mujer del altavoz repetía que nos dirigiéramos «CON CALMA Y SANGRE FRÍA» hacia la salida. Le temblaba la voz. Al fondo del andén, la salida que pensaba tomar —Place Sainte-Opportune— estaba bloqueada por unos agentes de policía que nos han indicado otro pasillo. Estaba lleno de humo. Avanzaba muerta de miedo, intentando no respirar. La calma de la multitud era impresionante. Sentía que mi cuerpo estaba a punto de lanzarse a la carrera, de empujar a la gente. Minutos interminables antes de vislumbrar el exterior. En la acera, junto a la entrada de la estación, había un camión de bomberos aparcado. La gente agolpada ahí me ha preguntado qué pasaba. No he respondido, he seguido andando, rápidamente, sin pensar, por la Rue de Rivoli, diciéndome a mí misma que la gente no sabía que había habido un atentado en Châtelet, que los muertos y los heridos ya estaban sepultados por la vida, como en Saint-Michel y Port-Royal. Entonces he recordado que tenía que ir a la estación de Opéra, por lo

que debía coger un autobús. Poco a poco, he recuperado la normalidad; sin duda, no había habido ningún atentado, solo un simple siniestro. Luego he contemplado con asombro a la mujer en la que me había convertido durante una hora.

11 de enero

Leclerc. En la caja, un hombre joven, alto, con la cara llena de acné, termina de poner los productos escaneados en su carrito. A la hora de pagar, mira sin decir nada, por encima de las cabezas de los clientes, hacia el interior de la tienda, dando a entender así que aguarda a la persona —su mujer, sin duda— que lleva la cartera. Todo el mundo espera. Las habituales muecas de impaciencia. La cajera coge el teléfono: «Un ticket en espera». Un poco más tarde llega una empleada que realiza una maniobra en la caja con una llave. La cajera pasa al siguiente cliente. El joven abandona su carro y vuelve al interior de la tienda, regresa a la caja, impasible, nuevamente a la espera de la que no llega. La cajera no ha dejado de lanzarle insistentes miradas hostiles mientras escanea los productos del siguiente cliente. Cuando termina, se levanta y va a buscar ostensiblemente el carrito lleno, abandonado, lo coloca a un lado, vuelve a sentarse y escanea mis compras. Ya no se ve al joven, perdido entre los estantes, buscando a la mujer. Cuando termino de pagar y empujo mi carro por el pasillo hacia la salida, el joven reaparece, solo, girando la cabeza en todas direcciones, siempre con una extraña impasibilidad. Quizá su mujer esté probándose unos pantalones en unos vestidores o leyendo un libro en la sección de librería. O puede que se esté escondiendo, jugando a despistarlo, entre los productos de jardinería y la comida para perros, ya sea por diversión o para vengarse y humillarlo delante de todo el mundo. O tal vez ha elegido ese momento para dejarlo, llevándose el dinero y las llaves del coche. O simplemente se ha encontrado con otro hombre y ahora se están besando en la cafetería o haciendo el amor en los servicios. Las interpretaciones de la realidad son casi infinitas.

17 *de febrero*

Al 45 % de la gente le parecería bien que hubiera diputados del Front National en la Asamblea de Diputados.

20 *de febrero*

Brunot Mégret, en la emisora Europe 1: «Nuestras ideas ya han calado entre la población francesa, no necesitamos tener quince diputados».

Un 59 % de la gente aprueba la Ley Debré, que convertirá a cualquier inmigrante en sospechoso y permitirá su expulsión con el menor pretexto.

22 *de febrero*

Hemos llegado a la Gare de l'Est para la manifestación contra la Ley Debré, a las 14:00. Apenas más movimiento que un sábado cualquiera, pero una multitud de encuestadores de los institutos de sondeos espera a la gente en la salida del metro:

—¿Viene a la manifestación? ¿Le importaría responder a unas preguntas?

Rellenamos el cuestionario, apoyando la hoja en el ventanal de un café. Bajamos por el Boulevard de Magenta hasta el restaurante Da Mimo, punto de encuentro fijado por SOS Racisme, con los cineastas que se manifiestan. Todavía están comiendo en medio de un enorme alboroto. Nos ponemos en marcha de nuevo, subimos hacia la Gare de l'Est, al punto de encuentro de los escritores manifestantes, frente al monumento a los Mártires de la Deportación. No hay nadie. Demasiado temprano, sin duda. Más tarde llegan personas que se saludan con abrazos, entre ellas un tipo con pinta de artista:

alto, calvo y con un sombrero de ala ancha. En medio de la estación, los escritores empiezan a formar un grupo muy compacto, codo con codo, mostrando solo sus espaldas. Da la impresión de que habría que emplear la fuerza para separarlos. Se forma un segundo grupo de la misma manera. A diferencia de en los cócteles —donde circulan con soltura, deslizándose con fluidez de un punto a otro del salón, con la mirada al frente—, en este vestíbulo de la Gare de l'Est los escritores se pegan unos a otros y solo abren su círculo a los recién llegados que reconocen como suyos, con grandes exclamaciones.

A las tres de la tarde, al salir de la estación, la gente ha invadido el Boulevard de Magenta. Hemos perdido de vista al grupo de escritores que encabezaba la manifestación y nos encontramos en medio de la multitud anónima. Caminamos todos hasta las seis de la tarde bajo el sol con una temperatura agradable, entre aceras repletas de gente. La única acción posible, en ese mismo instante, consistía en *estar ahí*; la presencia, el cuerpo se transformaban en una idea que podría cambiar el curso de los acontecimientos. De esa presencia o esa ausencia física —«tres y el de la guitarra» o una oleada de gente— dependía la *prueba* de la existencia de la idea. Era una oleada.

28 *de febrero*

Una voz fuerte en el RER:

—Hoy no vendo periódicos. Antes los vendía, pero ya no le interesan a nadie.

El hombre sigue hablando de toda esa gente que ha salido a la calle contra la Ley Debré, y se queja de que nadie se manifiesta contra el desempleo:

—Nosotros seguiremos durmiendo en la calle y muriéndonos de hambre.

Una vez más, la voz de abajo dice la verdad. Con dureza:

—En la revolución de 1789, le cortaron la cabeza al rey; la gente de ahora sería demasiado cobarde para hacerlo.

Mientras, corrijo los ejercicios de comprensión de *Don Juan*. El hombre que habla es más pobre y más infeliz que un campesino de la época de Molière.

No le he dado dinero. Más tarde ha aparecido un acordeonista que tocaba canciones de Dalida. Me he sentido irresistiblemente impulsada a buscar una moneda en mi cartera. Como si el placer animara más a dar que la cruda visión de la necesidad.

4 de marzo

En la radio, Alain Madelin respondía a las preguntas de los oyentes, que decían: «Los sueldos bajan, mi pensión baja, ya no tengo trabajo, Renault acaba de suprimir empleos». A cada uno, Madelin respondía invariablemente: «¡Hay que crear una empresa!». Pronunciaba «cre-e-ar»: «¡Hay que cre-e-ar! ¡Cre-e-ar!». Con el tono de alguien que se dirige a unos retrasados. Reprendiendo triunfalmente a su interlocutor: «¡Noto miedo en sus palabras, señor!». Hay que ser, en efecto, de lo más cobarde para no crear una empresa cuando se está en el paro, con dos alquileres atrasados y la amenaza de un embargo de bienes muebles.

En un momento dado, Madelin ha esgrimido sus orígenes: «Mi padre era obrero, sé lo que es una nómina». Como si fuera el mismo niño de antaño, en un barrio obrero. Este discurso, insultante para la gente y para la razón, lo pronunciaba un exministro sin que nadie interviniera para denunciar su desprecio y su arrogancia. Los oyentes no tenían la posibilidad de «insultarlo» a su vez —por miedo a que les cortaran el micrófono— preguntándole cuánto ganaba al mes, dónde vivía o qué empresa había «creado» él. Una vez más, los medios legitimaban las propuestas, por absurdas que fueran, de una voz autorizada. Sentía odio (por eso escribo estas líneas).

5 de marzo

Gabrielle Russier se suicidó el 1 de septiembre de 1969, a los treinta y dos años. Ingresó en prisión por enamorarse de uno de sus alumnos, de dieciocho años, «menor de edad» en aquella época. André Cayatte rodó una película sobre ella con Annie Girardot en el papel de Gabrielle Russier, *Morir de amor*, con una canción de Charles Aznavour. No murió por amar, sino por haber atentado contra los cimientos de la sociedad que Mayo del 68 había socavado. La familia, ante todo: divorciada, se interpone en el futuro ya trazado de un joven, hijo de universitarios —estudios, matrimonio burgués…—. Madre de dos hijos, mantiene una relación con un joven, desprecia el papel y «la misión más elevada» de la mujer. Luego, la institución educativa: como profesora, traspasa las fronteras entre docentes y alumnos, pone al descubierto la oculta relación de deseo entre unos y otros. Por último, entra en escena la justicia, que ejecuta la voluntad de las familias y de la institución. Gabrielle Russier es una víctima expiatoria del 68, una especie de santa de los tiempos modernos.

7 de marzo

El cierre de las fábricas de Renault en Vilvoorde, Bélgica, provoca la primera huelga europea. Al mismo tiempo, la Bolsa sigue «disparándose» (la imagen en sí es graciosa, imaginativa, mientras que los términos para referirse a los desempleados son penosos: «afectados», «amenazados»). En pocas palabras, esto significa que se tacha a unos hombres de un plumazo para que otros, los accionistas, se enriquezcan. Llevado al extremo, la muerte de unos podría aceptarse para que otros salgan ganando. Nos muestran a los trabajadores despedidos, nunca a los accionistas, invisibles como el dinero.

En Cuba, hay niños que alquilan sus juguetes a otros niños.

2 *de abril*

Esta tarde, durante una hora, Lætitia, una estudiante, ha contado en France Inter su trabajo en la «línea erótica». Los hombres casados llaman en horario de oficina; los solteros, por la noche y durante el fin de semana. Hay una afluencia especial en San Valentín y en Nochevieja porque no soportan la soledad esos días. Lætitia les hace creer que está en su casa (lo que le permite acortar la sesión diciendo que el cartero llama a la puerta), que lo hace por placer, no por dinero, y a ellos les encanta creerla: «¡Eres una auténtica zorra!». Respetan a sus esposas, que se niegan a practicar el sexo anal y la felación hasta el final. Todos aseguran que su pene mide al menos veintidós centímetros en erección y no recuerdo cuánto de grosor. Dicen: «Escucha mi polla». Es bonito.

24 *de abril*

Vincent Van Gogh, en una carta: «Intento expresar la desesperante fugacidad de las cosas en este mundo moderno».

2 *de junio*

En la École Normale Supérieure de la Rue d'Ulm, un profesor checo de unos cuarenta años espera en el pasillo: va a dar una conferencia. Su ansiedad es evidente. Entramos en el aula unas diez personas. Empieza a leer su texto, con la voz ligeramente temblorosa. Lleva un bonito traje verde, con camisa y corbata a juego. Tanta angustia —tal vez insomnio, incluso— por una hora de pensamientos dispersos ante diez tipos, algunos de los cuales, como de costumbre, solo toman notas para preparar su ofensiva contra el orador. Para el profesor, para nosotros que lo escuchamos, oscilando entre el interés y el

aburrimiento en este día caluroso, se trata de un *sacrificio* ofrecido al conocimiento, al saber.

18 de junio

De la cuna a la tumba, la vida transcurre cada vez más entre el centro comercial y la televisión. Ni más extraña ni más estúpida que la de antaño, entre los campos y la tertulia junto al fuego o en el bar.

5 de agosto

La mujer de 122 años, la decana de la humanidad, Jeanne Calment, ha fallecido. Casi un duelo nacional. De su vida no deja ningún testimonio susceptible de ser transmitido de forma universal, ni siquiera un diario íntimo. Su única obra es una vida que se prolongó más allá de toda esperanza. Jeanne Calment era simplemente tiempo, la encarnación misma del tiempo.

Ese tiempo que nosotros no hemos vivido. Su existencia se remontaba hasta donde ni nuestra memoria, ni la de nuestros padres, ni siquiera la de nuestros abuelos pueden llegar. Sus ojos habían visto un mundo que ya nos resulta irrepresentable. Tenía diez años en el funeral de Victor Hugo, veinte en el caso Dreyfus; era una mujer madura cuando los soldados de 1914 partieron con la flor en el fusil. Según la fórmula habitual, «podría haber conocido» a Maupassant, Verlaine, Zola, y a Proust, Colette, Ravel, Modigliani, más jóvenes que ella, fallecidos hace mucho tiempo. Se podía hacer recorrer la silueta de esta mujer sin historia —con mayor facilidad aún por carecer de historia— como un marcador por todas las páginas del siglo que había atravesado. Indemne, casi sin recuerdos, pues aquella a quien se solía atribuir toda la memoria del siglo solo había retenido el asesinato de la familia del zar en

1917. No era más que tiempo puro, biológico, despojado de los horrores y los trastornos.

12 de agosto

En 1995, durante la ola de calor en Estados Unidos, en Chicago, varios cientos de personas murieron en los barrios pobres, recluidas en sus casas, a menudo por miedo a salir. No se pudo identificar a ciento once víctimas porque ningún familiar reclamó los cuerpos. Se organizaron funerales colectivos. «Excavada y cubierta por un buldócer, la fosa común mide más de cincuenta metros. No tiene ni lápida ni epitafio.» (*Le Monde Diplomatique*.)

1 de septiembre

Diana murió junto a su amante en un accidente de coche en el Pont de l'Alma, en la noche del sábado al domingo.

Contraste entre la inmensa emoción colectiva que suscitó la muerte de Diana y la indiferencia ante la de decenas de personas a quienes degollaron en Argelia. No se sabe nada de los argelinos asesinados, de sus vidas. De Diana se sabía todo: sus desgracias conyugales, sus hijos, sus minifaldas. Tenía una historia que se seguía desde hacía años, con la que muchas mujeres se identificaban: princesa, pero igual que nosotras. La historia de los argelinos anónimos comienza con su muerte. Ni su número ni la injusticia y la barbarie que la provocan suscitan emoción alguna. La emoción se decanta por la historia individual, por el rostro de una joven rica.

La muerte de Diana solo nos exige llorar por la injusticia del destino. Nos consuela. La de los degollados de Argelia nos hace sentir vergüenza por no hacer nada.

24 de octubre

En la librería del aeropuerto de Vancouver, entre las pilas de *best sellers* expuestos, un libro sobre el orgasmo, editado por Smith Books. En la faja de la cubierta: «*The ultimate pleasure: the cul-de-sac*».

7 de noviembre

Dentro de tres o cuatro años ya no habrá francos. En su lugar, tendremos el euro. Incomodidad, casi dolor, ante esta desaparición. Desde la infancia hasta ahora, mi vida ha transcurrido en francos: el Carambar —cinco de los antiguos francos—, el ticket del comedor universitario —dos francos, en los años sesenta—, mi aborto clandestino —cuatrocientos francos—, mi primer sueldo —mil ochenta francos—. Dentro de menos de diez años, decir «ganaba ocho mil francos» bastará para situarnos en una época desaparecida, para hacernos anacrónicos como esos nobles del siglo XIX que aún contaban en escudos.

11 de noviembre

Silencio absoluto, aquí donde me encuentro en este momento, mi casa, un punto en el espacio indeterminado de la ciudad nueva. Experimento: recorrer con la memoria el territorio que me rodea, describir y delimitar así la extensión del espacio real e imaginario que es mío en la ciudad. Bajo hasta el río Oise —ahí está la casa de Gérard Philipe—, lo cruzo, sobrevuelo el centro de ocio de Neuville, vuelvo a Port-Cergy, me dirijo hacia la ESSEC, los barrios de Les Touleuses y Les Maradas, cruzo por el Pont d'Éragny —estoy en el centro comercial Art de Vivre— y vuelvo por la autopista A15, desviándome por el campo para llegar a Saint-Ouen-l'Aumône, el cine Utopia y la abadía de

Maubuisson. Sobrevuelo Pontoise en todas direcciones, me adentro hasta Auvers-sur-Oise, subo la cuesta de la iglesia, hacia el cementerio, la tumba de Van Gogh cubierta de hiedra. Vuelvo por la misma carretera a lo largo del Oise, con una breve incursión en Osny. Penetro por las grandes avenidas que conducen al centro de Cergy-Préfecture: Les Trois Fontaines, La Tour Bleue, el teatro, el conservatorio y la biblioteca. Sigo la línea del RER y la hilera de torres de alta tensión hasta Cergy-Saint-Christophe, el gran reloj de la estación. Me paseo por la calle que conduce a la Tour Belvédère y a las columnas de L'Esplanade de la Paix, desde donde se descubre un inmenso horizonte con las siluetas de La Défense y la Torre Eiffel al fondo.

Por primera vez, me he apropiado del espacio que, sin embargo, recorro desde hace veinte años.

30 de noviembre

Han regresado a su ciudad de las afueras, al este de París.

Se han levantado a la una de la tarde. Se habían acostado anoche a las tres de la madrugada, después de ver *Expediente X* y jugar a videojuegos. Han comido hacia las dos y se han ido a dar una vuelta por Art de Vivre, el centro comercial que abre los domingos. Han pasado un buen rato en la librería del centro, han comprado nuevos juegos.

Él había traído ropa para lavar. He puesto «dos lavadoras» por la mañana y he planchado por la tarde, una ligera pasada a sus camisetas y sus vaqueros, lo esencial de su guardarropa.

Anoto aquí los signos de una época, nada personal: el domingo de una mujer sola a la que su hijo viene a visitar con su novia, en las afueras de París. Lamento no haber intentado captar estos detalles desde que empecé a escribir, a los veintidós años: el fin de semana de una chica de los años sesenta en casa de sus padres, en provincias, etcétera, en lugar de querer transcribir entonces estados de ánimo.

13 de diciembre

David Beaune, el *skinhead* que arrojó a Imad Bouhoud, un joven magrebí, a un estanque de Le Havre, escribió en su diario: «Era el 18 de abril, el día de San Perfecto. Hacía frío. La locura de la muerte se apoderó de mí. Fuimos al estanque de Vauban […], lo tiramos al agua. Se hundió. Mi sed de sangre quedó saciada […]. El remordimiento no existe. He descubierto, maravillado, que el remordimiento era pura ficción.»

Este extracto del diario parece un pasaje de una novela en primera persona. Pero no es ficción, es la transcripción exacta de un sentimiento experimentado tras un crimen real, la muerte de Imad Bouhoud. Quedarme alucinada ante la última frase, terrible y hermosa *en sí*. Pero Beaune nunca habría descubierto ese sentimiento, nunca lo habría escrito si no hubiera matado a un chico de su edad simplemente porque era magrebí.

¿Solo cuando es ficción es «aceptable» la escritura? ¿No agrava la escritura, como en este caso, el crimen, al justificarlo mediante la negación del remordimiento? Con esta frase de David Beaune, hay que elegir: o la escritura está al margen de la moral o se rige continuamente por la moral.

1998

27 *de febrero*

«¿Quiere un café?», propone la peluquera. Luego: «¿Quiere algo para leer?». No se refiere a un periódico, ni a una revista, sino a una actividad cuyo objeto es indiferente; cualquier cosa, siempre que esté impresa y se encuentre en el revistero. De hecho, si una dice que sí, la peluquera trae la primera revista que encuentra. Pero se puede razonar de otra manera: entender «algo para leer» de la misma forma que «algo para comer», algo «para leer» como algo «para comer».

25 *de marzo*

En el RER de la mañana, una mujer se maquillaba los ojos, con el espejo a la altura de la nariz. Otra se limaba las uñas y luego se las pintaba. Realizaban esos gestos con cuidado y lentitud en medio de la muchedumbre de viajeros, como si estuvieran solas en su cuarto de baño. Magnífica libertad o exhibicionismo, difícil de decir. Sus manos, sus párpados parecían objetos ajenos a ellas, que limpiaban y lubricaban tranquilas, gozando apaciblemente.

2 *de abril*

Maurice Papon ha sido condenado a diez años de reclusión. No sé qué pensar. Se ha dicho: «Hay que situarse en la época… Las cosas entonces no estaban tan claras». Eso siempre significa ponerse del lado de quienes no tenían nada que temer —en sus despachos, en Vichy o en cualquier otro lugar —, nunca con aquellos que se subieron a los trenes con destino a Auschwitz.

9 de abril

Invitada en France Inter, la directora de la ADIE, una organización de apoyo a la iniciativa empresarial privada. Lo primero que se percibe es la voz, no lo que dice. Una voz que articula las palabras con precisión, como en Neuilly; una voz que no habla, que pronuncia. Que no sabe lo que es vivir con tres mil quinientos francos al mes, ni siquiera con diez mil.

Por primera vez, hoy en el hipermercado Alcampo no he devuelto el pan envasado, que ya no quería, al lugar de donde lo había cogido, demasiado lejos. Lo he dejado, discretamente, sobre unas bolsas de arena para gatos. Vergüenza de comportarme así. Entonces me he imaginado cientos de productos abandonados un poco por todas partes: charcutería en los zapatos, yogures, postres en las bandejas de verduras, etcétera. Clientes dejando de someterse al orden impuesto por el hipermercado —coger una cesta o un carrito, recorrer los pasillos, alargar la mano hacia el objeto, atraparlo, depositarlo en el carrito o devolverlo a la estantería, dirigirse a la caja, pagar—, abriendo las cajas de galletas, los frascos de perfume, comiendo aquí y allá según su antojo, sembrando el caos en todos los pasillos y saliendo sin pagar, como si nada. Me he preguntado por qué nunca sucede eso.

11 de abril

Recuerdos en blanco y negro de la infancia, de todos esos años, hasta 1968. Recuerdos en color, a partir de entonces. ¿Acaso ha seguido la memoria la evolución del cine y la televisión, del blanco y negro al color?

12 *de abril*

Mazarine Pingeot es el arquetipo de la joven brillante y culta que cree que esas aptitudes conducen naturalmente a escribir un libro. Así que escribe. Titula su novela *Primera novela*. Con este título, hace hincapié en su logro, *esta es mi primera novela*, sin preocuparse demasiado por atraer al lector con una palabra o una frase que despierte deseo o expectación. Los títulos, que también tienen la función de distinguir unos libros de otros, son buenos para los desconocidos, pero no para Mazarine Pingeot. Sin embargo, no cree en el valor de su novela tanto como para haberse arriesgado a enviarla a una editorial sin decir que era la hija de François Mitterrand. *Primera novela* suena parecido a «primer baile». Hace cuarenta años, para las chicas de la burguesía este baile suponía su entrada en sociedad. Ahora esperan lo mismo de su primera obra de escritura, es un avance.

13 *de abril*

Las estaciones del RER estaban desiertas esta mañana de Lunes de Pascua. En la estación del RER de Neuville-Université, en el andén en dirección a París, solo había una pareja que se abrazaba en silencio, sin moverse. Desde el tren en dirección a Cergy, solo se veía la espalda de la chica. Él tenía la cabeza hundida en su cuello. Al arrancar el RER, se ha podido ver su rostro, el de una muchacha con gafas. Miraba al frente, a lo lejos. El tren que uno de los dos debía coger estaba a punto de llegar, como el fin del mundo.

28 *de mayo*

Bajarse del RER a las cuatro de la tarde en Fontenay-aux-Roses es llegar a una pequeña estación de provincias. Unos pocos viajeros desapareciendo rápidamente por la pasarela, hacia las alturas dominadas por casas lujosas. Ni vendedores de fruta a la salida, ni aglomeraciones. Ni extranjeros. En la estación y sus alrededores, todo está en calma, distante, reducido al transporte. Aquí no se necesita estación, no es más que un lugar de paso.

Estación de Cergy-Préfecture, a la misma hora, todos los días, cruzándola en todas direcciones, grupos de jóvenes, vendedores de fresas y pizzas. Olores de la estación subterránea, de los autobuses. Vida.

2 *de junio*

Silencio peculiar en los vagones del RER —a pesar de estar llenos— a primera hora de la mañana, hacia las siete. Como si la gente aún arrastrara la noche consigo. Por el contrario, por la tarde, vibraciones por todas partes, una energía sin rumbo que sacude invisiblemente el aire. Al llegar a la parada, la gente sale precipitadamente. Desde el piso inferior del tren, se ven las piernas corriendo a ras de la ventanilla.

9 *de junio*

En el distrito X, la oficina de Servicios Sociales de la Ciudad de París está situada en el sótano del ayuntamiento. En cuanto se abren las puertas, la gente se precipita, baja las escaleras, coge un número y se sienta. En el mostrador, un empleado interpela a todo el mundo. Un hombre le muestra su documentación:

—¡Esto es chino! ¡No entiendo el chino! —grita.

Se dirige hacia las sillas alineadas donde espera la gente.

—¿Hay alguien que hable chino?

Nadie responde. El empleado vuelve junto al hombre.

—Nadie habla chino. Vuelva con un intérprete que hable chino.

El hombre se queda inmóvil. El empleado lo empuja hacia la puerta. Una voz se alza desde las sillas:

—¡Espere, quizá hable inglés! *Do you speak English?*

El empleado se gira hacia el lugar del que viene la voz y espeta:

—¡No se meta en esto!

El chino se marcha. En la misma sala, en paralelo a la pared, una serie de cabinas de plástico contiguas. En cada una, una mujer sentada detrás de un escritorio con dos sillas delante. Cuando dicen tu número, te presentas en la entrada de la cabina; la mujer te indica que te sientes, te pregunta a qué has ido y te pide los papeles. Es el confesionario de los pobres.

Cuando te vas, el empleado recorta con esmero la parte ennegrecida de una fotocopia que debe entregar, mientras vigila a los recién llegados, dispuesto a dejarles claro que él es quien manda y que ellos son indignos.

Es un lugar al que solo acuden los desamparados, donde ni siquiera se contempla la posibilidad de que haya otras personas presentes.

10 de julio

En el Pont de Gennevilliers, en la autopista A15, de repente, la inmensidad de la vista sobre París. Debido al tráfico, sin poder detenerse nunca, ver cómo desfilan los edificios, las casas, la Torre Eiffel, hasta el momento en que nos adentramos, a la derecha, en La Défense, en medio de una masa de piedra que unos minutos antes se extendía, en movimiento, formando un arco de circunferencia ante el parabrisas.

Hace veinte años que, en el tramo de Colombes-Nanterre que hay que atravesar para llegar al Pont de Neuilly, no paran de cambiar las carreteras. El recorrido varía de un año a otro. Vago recuerdo de múltiples itinerarios: uno que rodeaba los edificios de La Défense, llevándonos por pasarelas suspendidas, otro que nos hacía parar durante largos minutos bajo un puente negro, cerca de la Universidad de Nanterre, y otro más, que serpenteaba entre obras, antes de la apertura del túnel. Ahora se toma un camino lleno de curvas para llegar, al salir del túnel, a la autopista A15. Es como si, entre La Défense y Colombes, hubiera un terreno inestable, donde se desplazan continuamente las carreteras, que se entrecruzan por encima y por debajo, en un gigantesco ocho aéreo que se desmonta y se vuelve a montar algo más allá. Hasta el punto de que una se pregunta si, en esta tierra movida y removida, todavía queda gente.

12 de julio

En la panadería-pastelería de Les Trois Fontaines, la dependienta sale del horno con una bandeja de pasteles. Solo lleva un guante de goma en la mano derecha. Deja la bandeja y empieza a colocar los pasteles en el escaparate con la mano enguantada, y también con la otra. Me he preguntado si era esa con la que se había limpiado el culo.

(Podría haberme limitado a pensar que la higiene dejaba que desear. Otra forma de pensar la realidad.)

19 de julio

Esta tarde he ido al Jardin des Plantes. Había parterres de flores, rosas; no obstante, una imperceptible sensación de abandono. He querido volver a ver la Ménagerie con los animales. Las tortugas gigantes estaban allí, en su recinto,

pero lejanas. Dos yaks, uno adulto y otro de tres meses, yacían tirados junto a la valla. Un ciervo comía el pienso esparcido sobre el hormigón. En el aviario, un montón de pájaros se entrecruzaban con un ruido espantoso sobre un agua estancada.

Más allá, había águilas y buitres bajo un follaje negro. Uno de ellos, con las alas extendidas y la cabeza roja encrestada, adoptaba una postura de exhibicionista. En el suelo, ratas muertas, destripadas. Gorriones y estorninos entraban y salían sin parar de la jaula de los loros, mudos, inmóviles como estatuas sobre las ramas —girando a su alrededor, piando y picoteando sus semillas—. Un poco más lejos, había unos ratones armando alboroto en la jaula de un animal invisible, adosada a un montículo de tierra, de la que surgían dando saltos.

En la jaula de los leones habían colocado unos cuadros de Chagall. Un enorme piano presidía el centro del espacio reservado a los avestruces. Hacia el fondo del jardín se han asomado unos extraños animalitos, mitad conejos, mitad perros. En el cartel ponía «maras». Una llama meaba y cagaba, otra la observaba. Cuando la primera se ha alejado, la segunda se ha acercado a mear y cagar en el mismo lugar donde ya se acumulaba un montón de excrementos húmedos. Hacía mucho calor y el olor era muy fuerte por todas partes.

Es el lugar más desolador de París que una puede visitar por treinta francos.

4 de agosto

Esta mañana, en el hipermercado Alcampo, desierto, sensación pura de felicidad. Avanzo, rodeada de abundancia, entre los estantes y las góndolas, sin consultar mi lista de la compra, sin preocuparme por la hora, pecoreando aquí y allá algunos alimentos, como en un jardín.

10 de agosto

Lo que le gusta a R. de la escritura es la vida de escritor: la libertad, la sensación de pertenecer a una población aparte, superior. Incluso el esfuerzo tenaz por producir una página al día, ese sufrimiento que los demás no pueden conocer, forma parte de la excelencia de esta vida. La obra en sí, su poder de influencia sobre la gente, tiene mucha menos importancia.

16 de agosto

Cementerio de Montparnasse, compartimentado militarmente en divisiones, sin sombras. A la izquierda de la entrada, la tumba de Marguerite Duras, cubierta de fragmentos de cartas, una foto de ella a los dieciséis años. Hace un calor agobiante. Es imposible encontrar a Maupassant y a Baudelaire entre las tumbas grises que el tiempo ha vuelto iguales. Solo se distinguen las de los últimos treinta años, de mármol. Así que ahí está Serge Gainsbourg, enterrado discretamente al lado de sus padres. Junto a él, una tumba en la que solo figura un nombre: Claude Simon. Una turista japonesa la fotografía. Quizá no sepa que el escritor Claude Simon no ha muerto. O tal vez quiera llevarse una foto graciosa.

Los visitantes deambulan entre las sepulturas. No saben qué vienen a buscar. Solo hay nombres en las lápidas. A la derecha de la entrada, Sartre y Beauvoir, juntos. En la eternidad ha ganado ella. Papelitos en todas las lenguas sobre su tumba, un monumento amarillento, demasiado claro.

2 de septiembre

Tres niñas de seis, cuatro y dos años, que vivían en un campo de tránsito cerca de Grenoble, se metieron en un coche abandonado. Las puertas se

cerraron. Las niñas no pudieron salir y se quedaron allí durante horas. Cuando las encontraron, la más pequeña había fallecido y la de cuatro años estaba en coma. Se parece al comienzo de la novela de Toni Morrison, publicada la pasada primavera, *Paraíso*. En este caso, como se trata de la realidad, nadie quiere hablar de ello.

14 *de septiembre*

Le Monde publica la traducción parcial del informe del fiscal Kenneth Starr sobre la relación de Bill Clinton con Monica Lewinsky. Quizá debido a los cortes, el texto parece un relato pornográfico mal escrito y repetitivo: «Le tocó los pechos, le desabrochó la bragueta», etcétera. Se acaba olvidando que el protagonista del texto es el presidente de los Estados Unidos. Es la historia, bastante corriente, de un hombre corriente, prudente, que en realidad no folla, por miedo al sida o por temor a que lo pillen. El sexo descrito trivializa a la persona, pero conserva una magia que se apaga con la última línea.

Más obscena fue la imagen de Clinton, el otro día, diciendo en televisión: «He pecado, pido perdón», etcétera.

Mónica Lewinsky formaba parte de una asociación contra el aborto. Lo sabe todo sobre la felación, pero ¿qué sabe ella del aborto, de esa experiencia en concreto, de su profundidad?

20 *de octubre*

Hoy se manifestaban los estudiantes de secundaria. Solo los buenos. Para impedir que los malos, los alborotadores, se unieran a ellos, se habían desplegado fuerzas policiales en las estaciones de metro y en las más cercanas a París del RER. Un cordón sanitario entre las lejanas hordas de bárbaros y los

jóvenes serios y pulcros del centro de la capital. En la estación de Cergy-Préfecture había un agente especial, un CRS, en cada torniquete. Un policía de paisano —con un traje verde reluciente— vigilaba las entradas. Unos cuantos jóvenes de origen magrebí se mantenían a distancia. Hoy solo los blancos podían coger el tren a París.

28 de octubre

Son tres jóvenes, seguramente estudiantes, que leen en el RER: uno, *La historia de la sexualidad* de Foucault; los demás, otras obras de filosofía. Una mujer ha subido al tren y se ha sentado con su hijo en la misma fila que ellos, al otro lado del pasillo. El niño se entretiene con un juguete, un falso móvil que emite maullidos de gato, el tintineo de una campanilla, una voz de mujer y otros sonidos más. Los estudiantes empiezan a mostrar su enfado de forma visible, se asoman ostensiblemente y miran con insistencia el juguete del niño. La madre, una mujer negra, no les presta atención —o no descifra sus gestos —. Es un niño de tres o cuatro años, difícil que se quede quieto. Los estudiantes parecen cada vez más exasperados. Todo lo que han leído y aprendido sobre las diferencias culturales y la tolerancia no les sirve de nada en este preciso instante. Quizá incluso la filosofía los reafirme en su derecho a no ser molestados mientras leen, en nombre de la superioridad del mundo de las ideas, sobre el mundo real.

4 de noviembre

Tribunal Administrativo de París. Nueve extranjeros indocumentados comparecen, solos o con su abogado, para solicitar la anulación de su APRF (orden prefectoral de expulsión a la frontera). Es un lugar bonito, con bancos de terciopelo en el vestíbulo. Llega una joven abogada, con la toga bajo el

brazo, y se la pone. Otra más. Entramos en la sala, grande y oscura, casi vacía. El juez no está. Esperamos tres cuartos de hora. La representante del prefecto está sentada: de unos cincuenta años, con el rostro serio y los expedientes esparcidos ante ella. Una familia africana —el padre, la madre y cinco hijos— se ha instalado frente al estrado.

Llega el juez. Está solo, al fondo, lejos. Su rostro se ve borroso, la sala está poco iluminada. Se le oye mal. La joven abogada defiende durante tres minutos al hombre de la familia con cinco hijos. La mujer con la que vive tiene los papeles en regla; él cría a los cuatro hijos que ella tuvo con otro hombre y al quinto que ha nacido de su unión. La representante del prefecto se levanta con dificultad y dice, en esencia, que ese hombre no tiene ningún motivo para quedarse en Francia.

Es el turno de la abogada de Fatimata N. Repasa rápidamente los argumentos del escrito que ha elaborado para presentar un recurso contra la APRF y, a continuación, pregunta al juez si puedo decir unas palabras sobre Fatimata N. El presidente responde:

—Sí, si no se alarga demasiado.

Me acerco al estrado. Intento exponer rápidamente las razones por las que Élisabeth Fatimata N. debería tener derecho a residir legalmente en Francia. De lejos, el juez me mira impasible. Me da la impresión de estar haciendo una mala actuación teatral que no impresiona a nadie. La representante del prefecto se levanta y expone sus argumentos en contra de la anulación de la APRF. Se acabó, diez minutos en total.

Esta noche me entero de que todos los recursos de la mañana han sido desestimados.

21 *de noviembre*

Hoy, un día despejado y gélido, los medios anuncian que una mujer ha muerto de frío en Toulouse y tres sintecho en París. Decir «sintecho» es designar a un ser asexuado que lleva bolsas y ropa raída, cuyos pasos no se

dirigen a ninguna parte, sin pasado ni futuro. Es decir, que ya no forman parte de la gente normal.

En Francia hay treinta millones de perros y gatos a los que por nada del mundo dejaríamos fuera con un tiempo así. Dejamos morir en la calle a hombres y mujeres, quizá precisamente porque son nuestros semejantes, con los mismos deseos y necesidades que nosotros. Es demasiado difícil soportar esa parte de nosotros mismos, sucia, aturdida por la carencia de todo. Los alemanes que vivían cerca de los campos de concentración no creían que los judíos, con sus harapos llenos de piojos, fueran humanos.

Durante la noche más fría, una pareja de trabajadores en paro, de unos cincuenta años, se ha refugiado en los retretes de un cementerio, con un cachorro.

diciembre

En la radio sonaba *Les corons*, esa canción de Pierre Bachelet que se escuchaba mucho en 1981, el año en el que la izquierda llegó al poder. Evoca el carbón, la silicosis, la pobreza sin horizonte y a Jaurès, en una especie de terrible estruendo habitado por la multitud de oprimidos del último siglo. Era una canción en sintonía con las esperanzas de aquella época, con el imaginario del Frente Popular, con la rosa roja. Y, mientras tanto, la realidad avanzaba inexorablemente: el desempleo y los despidos, la especulación bursátil, la pobreza.

Sentarse en el suelo del andén del metro, bajar la cabeza y tender la mano. Oír los pasos, ver pasar las piernas, aquellas que se ralentizan, la esperanza. ¿Qué preferiría, esto o prostituirme, la vergüenza pública o la privada? Necesidad de medirme con las formas extremas del abandono, como si hubiera una verdad que solo se pudiera conocer a ese precio.

1999

1 de enero

Cincuenta coches incendiados en Estrasburgo, dieciséis en Rouen, ocho en Le Havre, y otros más en Burdeos y Toulouse, a manos de «jóvenes de los suburbios», según la expresión que diferencia a esos jóvenes de los demás. Han celebrado el Año Nuevo arrojando a las llamas el objeto fetiche de la sociedad. El cual, por cierto, este mismo día ha matado a cincuenta personas sin que nadie se conmueva.

En Estrasburgo, el ayuntamiento había previsto unas fiestas de Año Nuevo para «ellos», con la esperanza de que así no alborotarían. Era tomarlos por retrasados incapaces de comprender la maniobra o por bestias salvajes a las que se intenta amansar. Así que han demostrado, con salvajismo, que eran libres de elegir su fiesta.

2 de enero

Rebajas. Hay colas de coches infinitas en todas las entradas del parking de Les Trois Fontaines. Todos quieren ser los primeros en abalanzarse sobre la ropa y la vajilla como saqueadores en una ciudad conquistada. Los pasillos están invadidos por una marea humana: familias enteras con niños en cochecitos, grupos de chicas. Frenesí en las tiendas. Una inmensa codicia inunda el espacio. El centro comercial se ha convertido en el lugar más familiar de este fin de siglo, como lo fue antaño la iglesia. En Caroll, Froggy, Lacoste,

la gente busca algo que la ayude a vivir, un refugio contra el tiempo y la muerte.

5 de enero

Servicio de cirugía dental del hospital de Pontoise. Tres personas esperan en el mostrador de admisión con su expediente en la mano. La secretaria habla por teléfono en voz alta con alguien que parece haber pertenecido al servicio, le da noticias de fulano y mengana, llama a una enfermera, le pasa el auricular, lo vuelve a coger y luego dice:

—¡Tengo que colgar, hay gente esperando!

Todas las puertas están abiertas. La de dos hojas que comunica la sala de espera con el gran pasillo de la zona reservada a las intervenciones. Las de las consultas situadas a ambos lados de ese gran pasillo. Reina una agitación extrema; las enfermeras van de una consulta a otra, se llaman unas a otras, bromean:

—¡Ahora estoy libre! —Refiriéndose a que ningún médico la necesita.

—¡Ah, vale, pensaba que estabas casada!

Risas.

Me han sentado en un sillón. Una de las dos jóvenes que están desempaquetando el material para mi intervención le pregunta a la otra si sus zapatos son cómodos.

—¡Oh, sí! ¿Sabes?, tengo problemas en la rodilla.

—¿Un ligamento?

—No, es del esquí, ya hace tiempo.

—Tendría que comprarme unos iguales… ¿Dónde los has encontrado?

Así que hay mujeres que se interesan por los zapatos cuando, en dos minutos, el cirujano aparecerá en la consulta y me extirpará un trozo de encía.

8 de enero

Los medios de comunicación han hablado mucho de esos «niños de los barrios marginales» a los que habían enviado a practicar deportes de invierno a una estación «tranquila» (el oxímoron ya está implícito), que han perturbado la estancia de los visitantes habituales. Se han citado las palabras de una niña de cinco años que llamó «puta» y «zorra» a la monitora de esquí. Como si se tratara de una prueba decisiva, sin que fuera necesario precisar de qué: salvajismo, imposibilidad irremediable de parecerse a los demás niños. Sin embargo, en boca de la niña, «puta y zorra» es lo mismo que «mala y antipática» en la de los niños de los barrios acomodados. No revela ninguna diferencia de naturaleza (al contrario de lo que se quiere dar a entender) con respecto a estos últimos.

11 de enero

Por la tarde, el trayecto de vuelta en el RER consta de dos tramos. Hasta Maisons-Laffitte, a veces incluso hasta Achères, es un tiempo equivalente al de la ida, sin esperas. El tiempo de trayecto, aceptado, imperceptible, en el que se puede pensar vagamente. Con los últimos diez minutos antes de llegar a destino comienza otro tiempo en el que no existe nada más que la necesidad de llegar. Los movimientos regulares del tren, el paisaje cada vez menos urbanizado, la extensión de los campos… Todo parece ralentizarse para el reloj interior. No se puede pensar en nada durante este periodo. Solo se anhela el momento de bajar del tren, subir los escalones hacia la salida, franquear el torniquete, sentir el aire fresco del parking y meterse en el coche. Apenas unas imágenes claras, solo un impulso instintivo hacia lo que es una forma de felicidad. Cada tarde, los mismos diez minutos vacíos, pura espera.

12 *de enero*

La televisión emite un reportaje sobre un centro para jóvenes delincuentes en Marcqen-Baroeul, en el departamento de Le Nord. Solo chicos, a los que se atiende hasta las cinco y que luego tienen toda la tarde libre. No saben qué hacer, fuman hierba en las habitaciones. «Un porro y enseguida te sientes mejor.» Nunca hablan de la escuela, como si no hubiera existido jamás en su vida. Algunos no saben leer. Muchos ignoran que se empieza a escribir en la parte superior de una página del cuaderno; lo hacen en el medio, abajo, en cualquier sitio. Dicen que lo único que importa es divertirse (destrozar coches, etcétera) y que no los pillen. Están seguros de que, más adelante, tendrán la impresión de haber disfrutado de su juventud («si ser joven es hacer los deberes sin hacer gamberradas, eso no es vida»). Hacer el gamberro es sinónimo de pasarlo bien. Lo que más desean no son los bienes materiales, sino el placer: el de la transgresión, el del hachís, etcétera. Y eso es lo que no podemos ver, lo que resulta más aterrador que los libros de Sade, por su crudeza, sin conceptualización ni distancia estética.

15 *de enero*

En el andén de la estación de Cergy, en la parte inferior del panel indicador de las estaciones, se lee «Pont Cardinet». Ni el tren ni el RER paran allí.

15 *de febrero*

D. habla de las tiendas de Cergy, acaba mencionando la ropa «de calidad». Lleva puesto un jersey de Marks & Spencer y unos zapatos Weston, que señala. «Le paso mis Lacoste a mi hija», dice. Enumera las marcas que lleva como si fueran méritos. No sabe que, en un mundo más *chic*, ya no se lleva Lacoste

desde que «los jóvenes de los suburbios» la han adoptado. Decírselo lo heriría profundamente, sin duda. Las marcas son emblemas destinados a indicar el estatus social en el que uno cree situarse.

(Recuerdo de S. vistiéndose una noche y enumerando con orgullo, con su acento eslavo, cada prenda que se ponía: «Una camisa Cerruti, una corbata Dior, unos pantalones Yves Saint Laurent, un cinturón Lanvin», etcétera. Como las piezas de la armadura de un caballero de la Edad Media lucidas con devoción. Debajo llevaba una camiseta blanca de tirantes y unos calzoncillos deformados de los países del Este.)

24 *de marzo*

El periodista da a conocer el resultado de una encuesta: «Hay demasiados árabes», responde el 42 % de los franceses encuestados. Y añade: «El discurso racista se está normalizando». La frase «hay demasiados árabes» es la única que realmente se repite. Si se sustituyera «árabes» por «judíos», se vería que la diferencia entre 1999 y 1939 no es tan grande. Esta encuesta y la forma de presentarla legitiman de manera insidiosa el racismo. En el imaginario colectivo, lo que no es más que una opinión se convierte en una verdad.

26 *de marzo*

Este tren de París a Montargis para en todas las estaciones. Esta se llama Bourron-Marlotte. En toda la superficie de una pared ciega, pintado en letras enormes y descoloridas, DUBONNET.

Luego, otra parada en una estación cuyo nombre no se ve desde la ventanilla del compartimento. A lo largo del andén, un cercado de pequeñas barras verticales de hormigón, unidas por una horizontal, con un diseño

regular en forma de encaje (tan gris ahora que parece un tejido antiguo y frágil). Una valla que antaño bordeaba los andenes de todas las estaciones de Francia y por la que trepaban los niños mientras esperaban la llegada del tren. No ha subido ni bajado nadie.

27 de marzo

La OTAN ha decidido «intervenir» contra los serbios. Impresión, como de costumbre, de no saber dónde está la justicia. Entonces vuelvo a ver Belgrado por la noche, la gran plaza y los cafés repletos de gente, los niños gitanos corriendo de una mesa a otra y a los que nadie echaba (¿paternalismo, certeza de ser superiores o generosidad?). Belgrado al amanecer, el desfile de autobuses en los que subía la gente contra la que hoy se libra la guerra. Pero no tengo ni imágenes ni recuerdos de los kosovares.

6 de abril

Todas las noches llueven bombas sobre Belgrado y sobre otras ciudades de Serbia. Al mismo tiempo, los militares serbios continúan tranquilamente con sus atrocidades en Kosovo, obligando a los kosovares a huir. Extraña coreografía de la muerte, vertical y horizontal, en escenarios separados. Cabe imaginar que, sin fin, las bombas de la OTAN seguirán cayendo sobre la población serbia y que los soldados serbios seguirán empujando a la población kosovar hacia las rutas del exilio en largas columnas. Los misiles y los criminales serbios no tienen, matemáticamente, ninguna posibilidad de reunirse.

Ayer, Lunes de Pascua, la gente comía en las terrazas, a orillas del mar, en Normandía. Horas de embotellamientos en la autopista, por la tarde, en

dirección a París. Me di cuenta de que durante toda una tarde no había pensado ni una sola vez en la guerra de los Balcanes. ¿Cuál es el valor y la utilidad de un *pensamiento* así?

10 de abril

La guerra de los Balcanes continúa sin provocar muchas reacciones ni reflexiones, a diferencia de la guerra del Golfo, hace ocho años. La destrucción y la muerte parecen ahora un mal necesario. También estamos haciendo pagar a la población serbia nuestra falta de intervención en Bosnia. Es una guerra de compensación.

Tener esa horrible impresión de hastío al oír y leer siempre lo mismo, «ataques» de la OTAN contra Serbia, refugiados kosovares que acuden en masa a ciudades cuyos nombres nos eran desconocidos hace tres semanas y que ahora nos resultan tan familiares como Saint-Nazaire y Chambéry: Blace, Podgorica. Una familiaridad que mina el interés por lo que, en cualquier caso, sigue siendo un espectáculo.

13 de abril

Domingo. En la televisión, un tipo de la OTAN habla de las operaciones militares en los Balcanes. De aspecto cuidado, muy elegante, con una chaqueta y una corbata admirablemente a juego. Esa magnífica corbata es el detalle desalentador, el signo insolente de que quien está hablando de la guerra nunca formará parte de quienes la libran.

Sensación de estar acostumbrándome a la visión de todo el sufrimiento de esta guerra. Y quizá más al espectáculo del dolor humano que a la destrucción de puentes, trenes, etcétera.

Esta noche, en France 2, intelectuales y políticos debaten sobre la guerra. A la misma hora, TF1 muestra a dos tipos risueños que le preguntan a una chica de rostro espléndido y terso cuáles son sus medidas. «88, 65, 80», responde ella de un tirón. Los tipos le piden que lo precise. Ella no se hace de rogar, radiante: «88 de pecho, 65 de cintura, 80 de caderas». Es *top model*, cuenta lo que siente al subir a un escenario, al desfilar. Un día, bajó la mirada hacia el público sentado en la platea y vio a Jean-Paul Gaultier sonriéndole. Fue… No encuentra palabras. Para terminar, uno de los dos excitadísimos presentadores nos avisa: «¡Recuerden bien este nombre: Julie! ¡Oirán hablar de ella!». Aplausos. Hay que admitir que ese mundo en el que la belleza y el éxito son valores, en el que Jean-Paul Gaultier tiene la sonrisa de Dios, sigue funcionando.

14 de abril

Bajo la nieve, un hombre pedía comida en el semáforo del gran cruce de la carretera nacional.

Vigésimo día de guerra. Llegan montones de paquetes para los deportados kosovares y miles de personas se ofrecen a acoger a una familia en su casa. El éxodo de los kosovares impacta en el imaginario: brutal, colectivo, atribuible a una única causa; Milošević. Es una desgracia en la que las víctimas no tienen ninguna responsabilidad, ni ningún recurso. Una tragedia en estado puro. (Anouilh decía que, con ella, uno está tranquilo.) Y las mujeres llevan pañuelos y faldas largas como nuestras campesinas de antaño.

Los simpapeles, los sintecho, los parados solo suscitan indiferencia. Se trata de una desgracia lenta, aislada, con múltiples causas, nada espectacular, cuyas víctimas seguramente tienen algo de culpa (al fin y al cabo, hay albergues donde dormir, trabajo si se busca bien, etcétera). Esa desgracia exige algo más que paquetes de ayuda.

18 de junio

La guerra ha terminado en los Balcanes. Los acalorados debates televisivos sobre la legitimidad de los bombardeos, las imágenes de éxodo y destrucción parecen pertenecer a un pasado lejano. En el fondo, pues, esa guerra no significaba nada para nosotros.

En la pared del parking de la estación, ahora se lee en letras inmensas «LEHLA TE AMO».

11 de agosto

Hacia las 12:10, la luz ha empezado a declinar. Grandes sombras se extendían sobre la hierba del jardín. Era la luz de los sueños y del pasado. El silencio lo ha invadido todo. Se ha oído un estruendo de ramas en el abeto frente a la terraza, una ardilla se había dejado caer desde la copa como una piedra. Inmediatamente después, han sobrevenido las tinieblas, como una noche clara, y el frescor. Se han encendido las farolas de la calle de abajo. Me ha parecido que todo eso duraba mucho tiempo. No estaba segura de lo que veía, porque nunca antes había visto algo así. La luz ha vuelto poco a poco.

He seguido observando el disco negro deslizándose delante del sol, encogiéndose. A las 13:40, la Luna ha terminado de pasar por delante del Sol. Una sensación de desolación, la misma que en mi infancia seguía a las cosas que finalizaban: una película, un día a orillas del mar. Un vacío que me aspiraba hacia el exterior.

Para todo el mundo, en estos últimos meses del siglo, una extraña impresión de historia. La función está a punto de concluir y, de repente,

descubrimos que somos nosotros los actores. «Los desdichados somos la potencia de la tierra», Saint-Just.

14 de agosto

La emisión de *El niño y los sortilegios* de Ravel y Colette se había retrasado; en la tercera cadena seguían con las noticias. El presentador decía que «desde el 91, la guerra del Golfo —que quizá habíamos olvidado—, *medio millón* de niños iraquíes habían muerto por falta de cuidados y de alimentos». A continuación, con el tono entusiasta de un subastador, ha añadido: «Pero Estados Unidos anuncia que va a donar *un millón* de dólares para la rehabilitación de los hospitales iraquíes». Lo que supone dos dólares por niño iraquí, diez o doce francos según el tipo de cambio. A continuación, ha mostrado imágenes de niños en el hospital, desnutridos y postrados en diminutas camas con barrotes. Luego ha citado al Consejo de Seguridad de la ONU, afirmando que en la zona donde la distribución de alimentos y medicamentos estaba a cargo de esta organización, «solo moría el 20 % de los niños». El presentador parecía encantado de poder ofrecernos tantas cifras.

Encontrarse después con los maullidos de los gatos, las quejas de los pastorcillos, la danza de la tetera de la India y la taza inglesa, toda la gracia y la comicidad de *El niño y los sortilegios*, de una frivolidad anticuada. El delicado sueño de una opulenta burguesía occidental, de la que el Niño mofletudo y de hermosas nalgas —interpretado por una cantante de ópera— parecía ser el heredero caricaturesco.

La vida exterior lo exige todo; la mayoría de las obras de arte, nada.

1 de septiembre

Surgen del noroeste, de detrás de los árboles y los edificios en la parte alta de Cergy, cruzan el inmenso cielo sobre el meandro del Oise, hacia Roissy. Desgarrando incansablemente la luz de septiembre.

Fastidio invencible a causa del tráfico aéreo: esperar, con cada nuevo estruendo, a que la estela sonora atraviese la cabeza y se aleje, esperar a la siguiente, vivir al ritmo del ruido de los aviones.

Un día, todo el cielo se habrá convertido en «aéreo», surcado por rutas más ruidosas que las de la tierra, invadido por aparatos que colisionarán y caerán, provocando diez mil muertos al año, tanto arriba como abajo. Con una indiferencia cruel, como la de ahora ante los accidentes de coche. En eso los hombres se parecen a los dioses.

28 de octubre

Los rusos están exterminando tranquilamente a los chechenos. Nadie se inmuta. ¿De verdad existen esas personas cuyo nombre parece sacado de un cuento de Voltaire? Nos hemos acostumbrado a considerar la historia de Rusia como una ficción sangrienta, con estepas heladas, vodka, monstruos y momias o bufones como personajes principales. Que Yeltsin sea las tres cosas a la vez no es más que el tópico llevado a la perfección, y el capítulo de los chechenos sigue la línea de los anteriores. La impunidad de Rusia se debe, subrepticiamente, a su mito de pueblo situado en los confines del espacio, de la razón y de la humanidad.

4 de noviembre

En una pared de la estación de Cergy se ven las piernas medio flexionadas de un hombre con pantalones de pana azul, contra las que se aprietan las de una mujer ataviada con un vestido a cuadritos blancos y verdes. La mujer

aparece de frente, con los últimos botones de su vestido desabrochados sobre sus piernas desnudas. Se trata de un mural *hippie* que data de finales de los años setenta y que pronto borrarán en las obras de reforma de la estación.

Sobre el vestido, en el lugar donde se supone que está el sexo, alguien ha lanzado pintura roja que forma como una salpicadura de sangre.

TÍTULOS DE ANNIE ERNAUX EN CABARET VOLTAIRE

56. ANNIE ERNAUX *La mujer helada*
60. ANNIE ERNAUX *Memoria de chica*
63. ANNIE ERNAUX *«No he salido de mi noche»*
70. ANNIE ERNAUX *El uso de la foto*
77. ANNIE ERNAUX *Los años*
83. ANNIE ERNAUX *Una mujer*
88. ANNIE ERNAUX *Mira las luces, amor mío*
90. ANNIE ERNAUX *Perderse*
95. ANNIE ERNAUX *Los armarios vacíos*
98. ANNIE ERNAUX *La ocupación*
99. ANNIE ERNAUX *El hombre joven*
105. ANNIE ERNAUX *La escritura como un cuchillo*
107. ANNIE ERNAUX *La otra hija*
111. ANNIE ERNAUX *Lo que ellos dicen o nada*
114. ANNIE ERNAUX *Diario del afuera*
118. ANNIE ERNAUX *Escribir la vida: Fotodiario*
126. ANNIE ERNAUX *El taller negro*
130. ANNIE ERNAUX *La vida exterior*

LA VIDA EXTERIOR
DE ANNIE ERNAUX

EDITORIAL CABARET VOLTAIRE ESTA PRIMERA
EDICIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
NOVIEMBRE 2026 EN MADRID POR COFÁS
ARTES GRÁFICAS